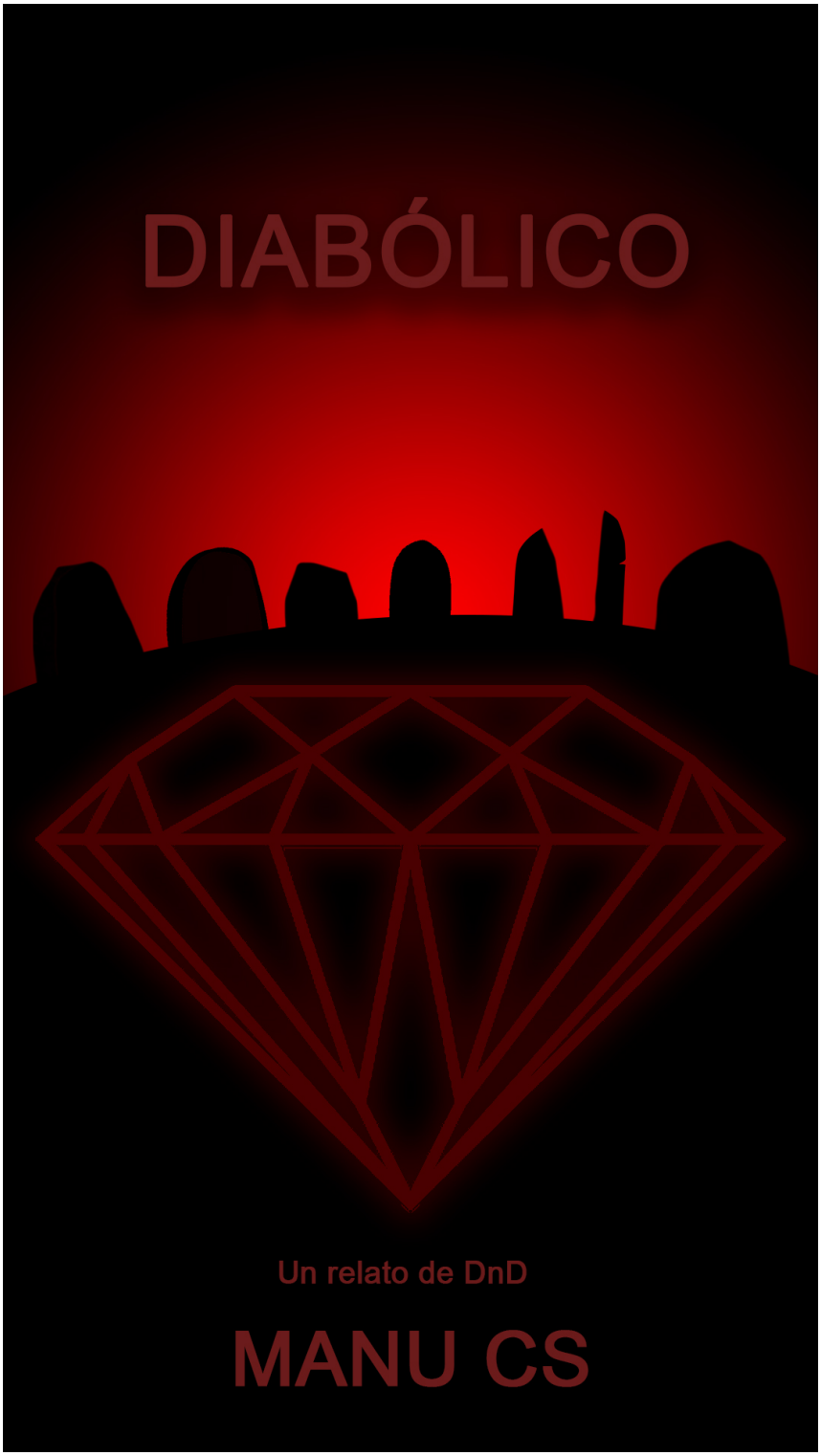
[Fantasía] Diabólico

Manuel C.S.



Capítulo 1

1.- Entre ladrones no hay honor que valga.

Para Aldren era sencillo. Para Caelf, la cosa era distinta.

—Piénsalo de este modo, Caelf. Es una oportunidad única.

Legendaria, podría haber dicho Aldren, y Caelf habría estado de acuerdo.

No. Diferían del proceso; no en la meta.

¿Acaso era raro? Ni siquiera el planteamiento era un alarde de consistencia.

Discutían a murmullos en aquella taberna, en una mesa alejada del resto de los parroquianos. Un tugurio que enmarañaba los olores con una precisión maliciosa: desde la cerveza derramada sobre el suelo, hasta el de la comida preparada para servir a los comensales, donde el humo de las brasas hacia picar la nariz cerca de la cocina.

No había demasiada gente, pero si cierto barullo. Era la hora de la comida, y muchos acudieron para el descanso de la media jornada. Se escuchaban los gritos de los que exigían su rancho desde la barra. Los más ociosos se situaban en las mesas, unos tablones grises y medio astillados posados sobre unos barriles cuyas tablas se encontraban a medio podrir. Allí se disputaban partidas de cartas y se zanjaban discusiones a pleno grito.

La de Aldren y Caelf estaba más alejada del resto.

Demasiado apartados, y eso podía llamar la atención.

Los susurros, entre tanto grito honesto, también podrían atraer a los curiosos.

Escondidos a plena vista, como decía Aldren. Para Caelf el escondite era demasiado evidente, y lo que se traían entre manos bien podría costarles las piel.

—Me parece un plan de mierda, Aldren —Caelf suspiró —. Si nos enemistamos con gremios mayores de Luskan la cosa se puede torcer. Expondríamos al Puño. Ni Yalen podrá evitar que nos degüellen.

Aldren bufó. Golpeó la mesa por la frustración. Su vino se tambaleó dentro de la copa, una danza rojiza encerrada en el cristal.

—¡Joder, Caelf! El pesimismo no nos va a llevar a ningún lado. Cuando conseguimos robar a aquel noble la cosa también pintaba jodida para nosotros. Y así conocimos a Yalen. Ahora somos parte del Puño.

Caelf enarcó una ceja.

—No fue exactamente así como sucedió.

Aldren soltó una risotada mientras levantaba la copa de vino.

—¿Y qué más da como sucediera? Sucedió —Como quien gana una discusión, se terminó la copa de un trago.

Robar a aquel noble fue fácil. El alcohol y las prostitutas juegan bien su papel cuando se trata de menguar las alarmas de un hombre sobre sus valiosos bienes. Lo malo llegó cuando el tipo quiso recuperar sus pertenencias: utilizó lo poco que le quedaba para untar a la mitad de la guardia norte de Ann.

Le habían robado unos anillos y unas gemas. Baratijas de baja importancia que ni siquiera contaban con encantamiento alguno. Bien podría haberse pasado por alto, y aquel tipo habría tenido más lujos a los que regresar dejando aquellos en el olvido. Pero el hurto simbolizaba algo para él, un «nadie es intocable» que se transmutó en una burla a su honor que no pudo pasar por alto.

Aldren y Caelf eran jóvenes por entonces, poco más que niños. Intentaron, ingenuamente, vender la joyería en algunas tiendas. No tuvieron éxito; demasiado caras para el bolsillo de los tenderos. Para cuando descubrieron que les estaban buscando con ahínco, ya era tarde. La guardia solo tuvo que interrogar a las tiendas para saber que rostros debían buscar.

Pasaron varios días escondidos como ratas.

A la desesperada, decidieron tratar con mercaderes del alcantarillado. Ann nunca duerme, ni siquiera en sus entrañas; en los sótanos más pútridos de la moral humana conocieron a Yalen, líder de El Puño. Una banda menor de rufianes y artistas que vagabundeaba por Faerum.

Yalen quedó impresionado con los jóvenes. No tanto por el robo, un éxito poco sutil. Lo estuvo porque conservaran las muñecas desnudas de grilletes y los cuellos alejados del cadalso, sirviendo de ejemplo. Les pagó

una miseria por las joyas y les ayudó a salir de Ann.

Les ofreció un puesto en El Puño, y ambos aceptaron.

El lema de El Puño era que sabía limpiarse los nudillos sin necesidad de otra mano, y para Aldren y Caelf, aquello constituía un ascenso a la antigua; una promesa ambigua sobre el porvenir que rezaba:

«Ven con nosotros. Jódenos y pasaras al olvido; Limpiamos nuestros propios trapos».

Y durante la siguiente década, El Puño fue a medias morada y familia. No era un gremio fuerte, pero Yalen sabía liderarlo y tenía sus contactos. A los integrantes los unía la afinidad por la supervivencia.

Viajaban de ciudad en ciudad en caravana. En las urbes, Monc y Jard hacían espectáculos de magia, e Ilia animaban con su instrumento el ambiente de las tabernas. En los lindes de los pueblos exhibían pequeñas obras de teatro para las gentes del lugar a cambio de comida y bebida. Exponían dudosos juegos de azar para quien creyera que su estrella brillara más que la de una apuesta amañada.

A donde iba, el Puño atraía la fiesta y el jolgorio, y Aldren, Caelf y Gina se encargaban de vaciar los bolsillos a los pueblerinos más afectados por el alcohol.

A fin de cuentas, todo tiene un precio a pagar, incluso la alegría por un festejo improvisado.

Era una vida sencilla que se alejaba de la opulencia. Comida y hermandad era más de lo que podría haber pedido alguien como Caelf, pero los anhelos de Aldren eran más ambiciosos.

—El chivatazo es claro. Solo tenemos que entrar y robar el paquete. —Aseveró mientras jugaba con la copa ya vacía — Tal vez Yalen recompense generosamente que seamos expeditivos.

Caelf se llevó las manos a la cara. Suspiró de nuevo.

—Yo ya soy lo bastante generoso, Aldren. —dijo mofándose, escéptico —. Además...Nunca… Nada… Es tan sencillo.

Menos algo como aquello, proviniendo de un chivatazo escueto. Una mula de una banda de Luskan dejando algo importante, escondido, en una de las casas abandonadas del pueblo en el que se encontraban. Luego desaparecería y esperaría que “alguien” fuera a recogerlo. La idea de Aldren era ser más rápido y agarrarlo antes. A Caelf le preocupaba los

cuchillos que acecharían en las sombras por su osadía.

—Si es algo importante la casa no estará sin vigilancia —argumentó Caelf —. Tampoco sabemos si el que tiene que recogerlo se encuentra ya en la aldea. Repito: nos arriesgamos a comprometer al Puño contra un gremio mayor. La cosa puede salir muy jodida.

—Solo si nos pillan —Aldren sonrió.

Aquella sonrisa, desde luego, era contagiosa. Alejada de la madurez que contraen los errores aprendidos.

Caelf sonrió también, y en el brillo de los ojos de su amigo vio la victoria ante la sensatez.

—Mira, tú lo has dicho —continuó Aldren —. Si fuera algo excesivamente importante no lo dejarían desatendido, Olidadmmara sabe cuántos días, antes de que vayan a recogerlo. Yo solo digo, eh, demos un vistazo. Y si no es nada excesivamente valioso, nos lo llevamos.

—Dudo que sea nada muy valioso. Probablemente sea información, puede que incluso encriptada. Pero sigo teniendo demasiados interrogantes. ¿Quién cojones te ha dado la información?

Aldren se encogió de hombros.

—Digamos que cuando las palabras vuelan, son libres de viajar a tantos oídos como deseen. Se lo escuché a quien decía ser la mula ayer en la taberna. Hablaba con otro, que debía ser conocido o algo. Dijo que no entrara en esa casa, que había algo de valor, y que vendrían unos compañeros a recogerlo en unos días. Ni siquiera me vio escucharle. Pudo haber sido cualquiera. Incluyendo su amigo.

Levantó la mano y cuando la camarera se acercó, pidió otra copa de vino para sustituir la que rondaba vacía por la mesa. Caelf negó con la cabeza cuando la chica le preguntó si quería algo.

—Deberías probar el vino de aquí. Está realmente bueno —instó Aldren.

Caelf negó con cortesía.

—No tengo buen paladar para el vino. Me sabe demasiado a madera.

—Pues nada de miel para el asno —repuso con una carcajada, y esperó a que la muchacha se fuera para continuar con el plan. —La cosa es muy sencilla. Tu vigilas y yo entro. Si es papeleo importante, entras y lo falsificas. Yalen te ha enseñado bien, y ya casi te encargas tu solo de los salvoconductos para evitar a la guardia. Si es algo de valor, se lo llevamos

a los demás.

—Y si es algo demasiado valioso, lo dejamos estar.

La última frase de Caelf constituyó un punto y final. Su mirada increpaba que no habría concesiones sobre el ultimátum.

Aldren sonrió. Una vez más, con aquella sonrisa suya que construía peligros y aventuras por igual.

—Tranquilo. Si vemos que puede costarnos algo más que unas noches de comida, te prometo que lo dejaremos estar. Pero recordemos que no robamos a unos pueblerinos con esto. Entre ladrones no hay honor que valga.

Capítulo 2

2.- Lo que pudo salir mal.

Esperaron a que anocheciera. El manto nocturno amamantaba a los que no querían ser vistos, y Aldren y Caelf tenían mucho que ocultar. Mañana sería un nuevo día, pero no para el par de pillos. Para ellos, la luna en lo alto representaba el inicio de la jornada de aquellos que alimentan la paranoia con ser descubiertos.

Anduvieron despacio por el poblado tratando de no ser vistos, y cuando no podían evitarlo, tratando de ser lo suficientemente anodinos como para ser difícil de identificar.

Transitaron las callejas más estrechas y escalaron cuando los tejados eran cercanos. Sus pisadas sobre las tejas no habrían alertado ni a un gato.

Llegaron a la casa señalada amparados por la completa oscuridad.

Admiraron la fachada de piedra de aquella morada en ruinas. Las enredaderas surcaban en vertical las paredes, y su tallo se engrosaba a medida que ascendían al tejado. Por las ventanas rotas se colaban las copas de un árbol cercano. De entre los bloques rocosos nacía matojos.

—Es aquí —murmuró Aldren.

Caelf dio un vistazo. La puerta de la entrada aún se erguía, a pesar del evidente abandono de aquella choza. Los tablones se mostraban oscuros por donde la putrefacción era más notable. Junto a los dinteles superiores alguien había grabado a cincel unas iniciales. «LK». Eran difíciles de percibir, apenas unas líneas sobre el desgastado granito, salvo para el ojo experto en la jerga de los ladrones.

—LK—murmuró Caelf —Sea cual sea el gremio, ha puesto las siglas de donde se rige su gremio.

—Pues estamos jodidamente lejos de la Costa de las Espadas, amigo. —Sonrió Aldren —Entraré por la ventana.

Era el lugar idóneo. El árbol cercano había tirado parte de ese lado de la fachada y sus ramas habían crecido hacia el interior de la casa, entrando por el hueco que antaño pudo ser un ventanal.

—Asegúrate de que no haya trampas.

Aldren chasqueó la lengua.

—Por supuesto, mamá. Tu vigila y déjame hacer mi parte.

Y tras decir eso, ambos se alejaron de la edificación. Aparentaron seguir con su camino, ante los ojos que pudieran estar vigilando. Luego Aldren viró en una esquina, y Caelf hacia otra.

Aldren llegó, tras un largo rodeo, hasta el tronco del árbol, donde comenzó a escalar.

Caelf llegó a una calle paralela. Allí subió al tejado para obtener una buena panorámica de la casa y las callejas colindantes.

Nadie en las calles. Pero eso no significaba que no hubiera alguien que se escondiera mejor de lo que él era capaz de vigilar.

Caelf apretó los puños. Tensionó las piernas como un jaguar a punto de saltar. Alertado por cada movimiento en el rabillo del ojo, bien sabía que la paranoia en su profesión aseguraba "días nuevos" cuando todo parecía ir demasiado calmado.

Posó las manos enguantadas sobre las tejas que le sostenían y así sentir la vibración del cosmos. Las partículas inamovibles de su alrededor, una sensación más ligada a su imaginación que a la realidad, pero que le ayudaban a calmar su corazón; a dejar que los latidos no opacaran el sonido real de su entorno. Le ayudaba a concentrarse y mantener la tensión.

Un resplandor. Rojo como el fuego de un piromante. Destelló dentro de la casa sin hacer ruido, pero las ventanas y las hendijas sobre la piedra de la fachada vomitaron los rayos de luz. Surgieron de sus entrañas y dejaron una estela al desaparecer.

—Pero, ¡¿qué…?!

Caelf se irguió. No perdió tiempo. Se lanzó tejado abajo deslizándose por las tejas. Saltó a la calle, rodó para absorber la caída y aprovechó la inercia para lanzarse a la carrera, olvidando toda discreción o subterfugio.

Algo había ocurrido. Tal vez alguna trampa mágica que Aldren hubiera activado sin querer. Las aciagas posibilidades se arremolinaron en su mente como anzuelos. Redobló la velocidad. Ya estaba cerca cuando la puerta de la choza comenzó a abrirse.

Aldrin salió del otro lado. Su sonrisa triunfal era sinónimo de victoria.

—¡Lo tengo!

Caelf frenó su carrera y trastabilló. A poco acaba de bruces contra el suelo.

—La luz… —dijo sofocado por el sprint

—No te preocupes por eso. Conseguí desactivar la trampa a tiempo.

Si Caelf no hubiera estado tan abrumado por aquel giro de los acontecimientos, se habría percatado de que su amigo mentía.

Cuando comenzó a calmarse, preguntó:

—Dices que lo tienes. ¿Qué es? Enséñamelo.

—Aquí no. Volvamos al campamento. Rápido. La luz debe haberse visto desde varias manzanas.

Caelf asintió.

Se sentía tan agradecido de que lo que pudo salir mal, saliese bien, que no se paró a buscarle detalles al diablo.

Capítulo 3

3.- Tak

El camino de vuelta al campamento fue tranquilo. Tampoco se pararon a hablar, ni siquiera a mirar atrás. Caminaron rápidos, poniendo la mayor distancia, y a la mayor rapidez, entre ellos y la zona del delito. Solo aminoraron la marcha cuando salieron de la aldea. Evitaron las veredas marcadas por los carromatos, donde las ruedas y el tránsito había aplastado la maleza y la hierba hasta confundirla con la piedra.

Se encaminaron hacia la arboleda cercana cruzando entre el pasto a medio comer del pastoréo. Llegaron hasta un pequeño arroyo donde algunas ranas se asustaron de la presencia humana y decidieron saltar al agua en un chapoteo escueto.

En la primera línea de árboles, a pocos metros del riachuelo, ya se divisaban las luces del campamento. Puntos rojizos entre los troncos que apuñalaban la penumbra y ondulaban cuando el viento mecía la hoguera.

Cruzaron el arroyo saltando entre las piedras que se asomaban en la superficie.

Mientras más se acercaban, el sonido cambiaba. Al arrastrar de la hierba mecida por el viento, y el arrullar de los grillos, fue cambiando por el sonido del laúd de Illia. Eran rasgueos suaves que entonaban una y ninguna melodía a la vez.

—¿Quién va?

La pregunta fue formulada metros antes siquiera de llegar a los árboles. Desde allí, el danzar del fuego era más evidente.

Caelf levantó la vista hacia los árboles. La silueta de Jard a medio ocultar entre el ramaje no le fue ajena.

—¡Somos nosotros, coño! —apremió Aldren.

El árbol entero tembló cuando el elfo comenzó a bajar. Saltó con gracilidad de una rama a otra, antes de caer de cuclillas junto a ellos. Incluso en la penumbra el iris añil de sus ojos era evidente. El pelo castaño, mal recogido en un moño por encima de su cabeza. Mantenía una postura enojada con quienes habían destrozado su noche libre.

—Perfecto —dijo huraño mientras se erguía —Ya era hora de que aparecierais. Os tocaba a vosotros hacer la ronda, y ha recaído en mí y en

Gina sustituiros en vuestra ausencia.

Aldren sonrió. Se encogió de hombros.

—El campamento seguro que agradece mejor la visión de un elfo a la de un humano, además de que a Gina le habría tocado mañana.

Jard mantuvo el silencio mientras le fulminaba con la mirada.

— A todo esto… ¿Está Yalen? —intervino Caelf.

—Está en su carreta. A mí también me gustaría hablar con él sobre quienes no cumplen sus responsabilidades.

—¡Oh! ¡Venga ya! —exclamó Aldren hastiado —¡Baja esos humos! A mí también me ha tocado comerme los asuntos de otro de vez en cuando. Y sabes que tampoco hemos estado ociosos. Traemos algo.

Jard enarcó una ceja.

—Pues espero que eso que habéis traído sirva para comer. Illia pronto dará a luz y vamos a necesitar comida.

—Tranquilo que a tu hijo bastardo no le faltará de nada —bramó Aldren.

—¡No es mi…!

—¡Claro que sí! Puede que Illia se calle quien es el padre, pero no cuela. Todos sabemos que eras tú quien rondaba su tienda por las noches.

Jard dio un paso hacia adelante, con el puño tan cerrado que se marcaba la palidez de sus nudillos. La cara crispada por la rabia.

Caelf se interpuso.

—¡¿Queréis dejaros de hostias?! —exclamó empujando a ambos para separarlos. —Jard, llama a Yalen de inmediato. Dile que venga.

Jard trastabilló con el empellón. Su mirada seguía clavada en Aldren, el centro de una furia que solo desaparecería junto a aquella mueca burlona.

—¡Que le llames! —instó Caelf con vehemencia — Dejad las peleas de niños para más adelante.

El elfo, aún furioso, asintió. Se largó hacia el campamento.

Caelf se encaró a Aldren, que sonreía.

—Tantas orejas para tan poco oído —bromeo, pero su sonrisa se apagó con la mirada de Caelf.

—¿A ti que cojones te pasa? Jard tenía razones para estar cabreado. Hoy no le tocaba guardia. ¡¿Y a que ha venido eso del hijo de Illia?!

Aldren chasqueó la lengua

—Relájate, Tak —«¿Cómo me has llamado?», pensó confundido Caelf —. Simplemente me tocó la moral verle con esos humos. Ni que hubiéramos estado de juerga…

—¿Y lo otro? —preguntó enojado.

—¿Qué otro? Solo le he tocado un poco las pelotas…

Pero a Caelf no le engañaba. Cuando se interpuso entre ambos fue consciente de un pequeño detalle. Jard iba a golpearle con sus puños, pero Aldren se había llevado las manos a la cintura.

Justo a donde escondía su daga.

—¿Ibas a apuñalarle?

—¡¿Qué?! ¡No, hombre! Jard es un capullo. Un «medias-tintas» como decían en nuestro pueblo. Solo quería asustarle.

Caelf podía pecar de ingenuo en muchas cosas, pero no se dejaba engañar con facilidad. Nadie saca un arma si no tiene intención de verter sangre en una pelea de rufianes.

Abrió la boca, tratando de buscar las palabras, cuando una tos seca se hizo oír a sus espaldas.

Ambos se giraron. Yalen los taladraba con su único ojo sano. La barba se perdía por su musculoso regazo.

El enano cerró el puño derecho. Sus dedos crujieron. Se recolocó el parche oscuro sobre la rugosa nariz, tapando un poco mejor la carne rosácea de su cuenca vacía.

Enseñó los dientes como un perro antes de morder.

—Espero, señoritas, que no me hayáis hecho despertar solo para hacerme partícipe de vuestras riñas.

Capítulo 4

4.- Cagar donde uno come.

En silencio, los tres entraron al campamento. Aldren sonreía, pero ni Caelf ni Yalen parecían querer acompañar su buen humor.

Las dos caravanas hacían un muro entre el campamento y el bosque. Casas rodantes elevadas del suelo por las ruedas y techadas para evitar la lluvia. Los bueyes estaban atados junto a un árbol cercano. Comían del pasto, tranquilos. Los ojos negros les vieron llegar, y solo agitaron las orejas para espantar a las moscas.

El resto de las tiendas de campaña dibujaban un círculo sobre la hoguera central, justo donde Illia tocaba su laúd. Practicaba notas de algún proyecto de canción. Apoyaba el instrumento en su panza, cuya curvatura exponía la carne y el ombligo fuera de las prendas. Les saludó al verlos pasar con un gesto de cabeza, sin dejar de tocar, y solo Aldren le devolvió el saludo.

Desde la ventana de uno de los carros surgió el rostro de Monc. Su menudo cuerpo de gnomo se encaramaba para verles mejor, con los ojos turbios por el sueño. Siguió al trio con la mirada, mientras se encaminaban a la caravana de Yalen.

Jard también estaba allí, en el linde del campamento, observándoles. Solo tenía ojos para Aldren.

Llegaron a la caravana y Yalen fue el primero en subir. Escaló los escalones que ascendían hasta la entrada, por encima de los radios de las ruedas. Cruzó la puerta. Los dos muchachos cruzaron solo cuando el silencio y la apertura se tornó en invitación.

El interior era holgado, más para un enano. Del techo colgaban abalorios, recuerdos que deberían traer algún simbolismo en las vivencias de Yalen, pero que no dejaban de ser baratijas para ellos: algún pendiente de metal oxidado, un muñeco de madera, unas lentes con el cristal roto… Parecía que alguien le hubiera dado la vuelta al nido de una urraca. Los muchachos tenían que inclinarse e ir apartando aquellos cachivaches a su paso.

El resto del mobiliario lo constituían un camastro de sábanas roñosas, un baúl cerrado con un candado, y un escritorio bastante humilde lleno de papeles desordenados junto a una pluma desgastada y un tintero medio vacío.

Yalen encendió una pequeña lámpara y la depositó sobre el escritorio. Caelf sopesó lo fácil que podría arder todo con aquel amasijo de papiros bajo la ondeante llama, pero por la hosca expresión del enano, supo que no aceptaría a buenas ofertas sobre su estilo de vida.

—Hablad.

—Antes —dijo Aldren con descaro—, no te negaría una copa del vino que escondes para situaciones especiales. Hoy nos hemos ganado un buen trago.

Yulen volvió a apretar el puño, haciendo crujir sus nudillos.

—Eso lo dirá mi juicio y, de momento, dicta que lo único que te has ganado tragar son tus dientes. No lo repetiré una vez más: hablad.

Y no hizo falta más para que ambos soltaran su lengua.

Yalen escuchó sin interrumpir. Tampoco parecía parpadear, atusándose la barba con el pulgar. Los jóvenes contaron todo; desde el chivatazo, hasta el hurto en la casa. Se mantuvo en silencio, aún con expresión hosca, hasta que terminaron la historia.

—Enséñamelo —ordenó cuando el silencio de los dos jóvenes hizo de punto final.

Aldren se llevó la mano al bolsillo. Sacó un pañuelo plegado, abultado por el centro. Lo desplegó y mostró un diamante de color rojizo.

Caelf suspiró mientras lo veía.

—¿Un diamante? ¿Por qué demonios iba un gremio del norte a traer al sur un diamante? ¿Es algún tipo de pago?

Yalen chasqueó la lengua, escéptico.

—Luskan está demasiado lejos. No tiene sentido que hagan negocios tan al sur. Probablemente sea algún gremio menor que utilice la sombra de uno conocido para sus chanchullos. —agarró el diamante —. No creo que nos complique la vida, más cuando están usando el nombre de uno de los grandes para asustar a los ladrones de poca monta como vosotros.

Agarró una vela cercana y la levantó. Examinó el diamante en el trasluz.

—¿Podríamos sacarle algo de beneficio? —preguntó Aldren.

—Puede que unas quinientas piezas de oro si encontramos a un buen comprador. Eso será lo difícil. Por aquí solo hay campesinos y ganaderos.

Dudo que ninguno vaya a estirar su bolsillo por una piedra por muy bonita que sea.

—¿Y si tiene alguna propiedad mágica? ¿No deberían Jard o Monc echarle un vistazo? —preguntó Caelf.

Yalen soltó un gruñido.

—De eso me puedo encargar yo. Id a cubrir vuestros turnos, os tocaban esta noche. Ya le daré un vistazo a la gema.

Aldren esbozó una mueca enfadada, y comenzó a abrir la boca para expresar su queja, pero Caelf fue más rápido.

—Sin problema.

Ambos comenzaron a salir de la caravana. Antes de que hubieran cruzado la puerta, Yalen miró a Aldren.

—Le debes una disculpa a Jard. Asegúrate de que parezca lo suficientemente honesta. No quiero malos aire en El Puño. Y si tengo que echarte a patadas, no me lo pensaré dos veces.

Aldren le lanzó una mirada insidiosa. Luego esbozó una sonrisa curva y asintió con calma.

—Tranquilo, jefe. Nadie quiere, tak, cagar donde uno come.

Capítulo 5

5.- Las manzanas menos podridas del cesto.

Pasaron dos meses desde entonces. Mudaron el campamento varias veces, buscando nuevas aldeas y poblados donde abastecerse de despistados e ingenuos.

La "cosecha" no fue buena en ninguno de esos asentamientos. La gente estaba demasiado preocupada con sus jornadas, con la llegada del inminente invierno, como para dejarse embelesar por los trucos de azar y los espectáculos. Illia estaba, ya por entonces, demasiado sufrida del embarazo como para acercarse a las tabernas con su música.

—Quedamos una suma parva de los que fuimos —se quejaba Monc —Siete quedamos de los otrora más de treinta. Suficientes para cubrirnos unos a otros. Ahora no llegamos ni a la docena, y a penas conseguimos para yantar.

—En común, Monc —gruñó Gina — Te encanta ser un resabido, pero hablar para que te entendamos no cuesta una mierda.

—No es mi culpa que no tengáis unos estudios decentes —masculló de mala gana.

Aquellos lamentos eran típicos cuando el grupo se reunía en la hoguera central para disputarse los pocos alimentos de los que disponían. Quejas sobre el malestar de la compañía, lejos de su mejor momento, y autocompasión barata, al calor del fuego.

Aquella noche lo compartían Gina, Monc, Illia y Caelf. Aldren hacía guardia y Yalen se mantenía en su caravana. Apenas salía últimamente. Jard tampoco se encontraba allí. El elfo había ido al pueblo para conseguir algunas sábanas limpias. Las que quedaban estaban ya llenas de piojos, y ahora combustionaban el fuego que calentaba los víveres, junto al resto de la compañía.

La madura mediana empaló su carne de caza antes de colocarla sobre las brasas del perímetro de la hoguera.

—¿Y si usáramos el embarazo de Illia como espectáculo? —bromeó Gina — ¿Cuántos pagarían por ver de primera mano el nacimiento de un híbrido? La depravación suele pagarse bastante bien.

Aprovechó la ausencia de Jard para dar voz al chascarrillo. Eso no

implicaba que a Illia le hiciera gracia el comentario.

—Tú de depravación debes saber mucho, ¿No? —Su voz era el desgarro del cuchillo de su lengua —. ¿Hechas de menos el burdel de donde te rescatamos?

—Vamos, Illia. Solo era una broma —intervino Caelf —. Una desafortunada. Últimamente el aire está enrarecido entre nosotros, no lo alimentemos más de la cuenta.

Monc soltó una risotada.

—El hambre y el frío embrutecen, muchacho. Tampoco ayudan al buen humor. Haz mejor tu trabajo y consigue más dinero, y no alimentaremos ese aire enrarecido.

Caelf se levantó. Se palmeó las manos para quitarse la tierra.

—Tenemos unas quinientas monedas de oro en forma de diamante. No sé a qué cojones espera Yalen para venderlo.

Monc se encogió de hombros.

—Pan para hoy... Si lo vendemos a cualquiera no esperes sacar más de cinco o diez monedas. Entiendo que Yalen prefiera Tak conservarlo a malvenderlo.

Se hizo el silencio. Caelf admiraba el fuego, la pureza de sus movimientos siempre le parecieron hipnóticos.

Tak...

Aquella palabra era un virus. Se imbuía de las gargantas del Puño desde que trajeron aquel diamante. Ninguno parecía darse cuenta de ella. Solo Jard, que examinó el diamante y dijo encontrar remanentes de algún conjuro, más no supo descifrarlo. Nadie más parecía darle importancia, y cuando la palabra surgía en sus diálogos como un estornudo espontaneo, restaban hierro al asunto o, directamente, negaban haberla pronunciado.

Tak...

Un mal designio. Los radios de una rueda serrados. El cuchillo en las sombras reflejado por la luz de la luna. Una promesa bondadosa con los dedos cruzados.

Una sola palabra sin apenas importancia y que a Caelf le producía escalofríos cada vez que la escuchaba. Y a Jard también. La excusa de los

piojos era buena para que perdiera el tiempo en la aldea.

Tal vez encontrara algo, o a alguien, que supiera de su procedencia.

—Una humilde questión, Gina —expresó Monc —¿Si nuestra situación se exacerbara te ofrecerías, de buen corazón, a dar riendas a tu antiguo empleo?

Gina puso los ojos en blanco.

—¿A comerme una polla para conseguir dinero? Me jode que vayas por las ramas con palabras tan elegantes cuando lo que me estás pidiendo es que vuelva a la vida que prometí no volver. Y sí. Sí es por mi supervivencia lo haría. Pero desde luego no por la tuya, ni por la de ella —señaló a Illia —, y mucho menos por el engendro que reside en su vientre.

—Solo era una pregunta, Gina —expresó Monc boquiabierto por las rudas maneras de la mediana —. No era para ponerse así.

—Una pregunta horrible que supones que adornándolas de buenos modales puede pronunciarse. ¿Lo harías tú, Monc? ¿Dejarías que tak humanos te manosearan como un vulgar muñeco roto? ¿Qué te humillaran y destrozaran hasta llorar y mear sangre? ¿Qué te molieran a golpes para esgrimir su virilidad? ¿Tragarías su esperma y asentirías sonriente mientras te tienden menos monedas de las que acordaste? —Monc no dijo nada, tan solo la miró, inexpresivo — Eso pensaba yo. No vuelvas a abrir la boca si no es para comer, así que no la abras demasiado. Hay poca comida.

—¡Bueno! ¡Basta ya! —Gruñó Caelf — ¡Maldita sea! ¿Qué cojones os pasa? ¡Esto no puede ser solo el hambre! No es la primera vez que hemos estado igual de jodidos, y al menos, nos teníamos los unos a los otros.

—Eres demasiado joven incluso para ser humano —aseveró Monc —No dejes que la inmadurez te confunda. Apenas hay piezas para cazar debido al frío. Como vulgarmente has dicho, “estamos jodidos”. Y a veces también nos cansamos unos de otros.

Sin embargo, durante su parrafada, no apartó los ojos de Gina. Una mirada extraña que no admitía parpadeos. El brillo de la hoguera se opacaba en sus pupilas.

Caelf lo notó. Sintió escalofríos. Era la misma mirada que uno le lanza a un obstáculo inocuo que puede apartar fácilmente de una patada. El mismo que un cazador le propicia a su perro cuando este comienza a babear debido a la rabia.

—Podemos robar, y lo haremos.

—¿Y qué vas a robar cuando ni los aldeanos tienen para comer? —refunfuñó Illia —. Es un invierno frío tak para todos.

—Y tu decidiste quedarte embarazada —acusó Monc.

Illia no dijo nada más. Se levantó de la hoguera y se marchó a su tienda de campaña, cerca de la carreta de Yalen.

Caelf la admiró boquiabierto ante el comportamiento de sus compañeros. Los mismos que meses atrás prometieron apoyarla y cuidarla, pues daría a un hijo que sería de todos. La admiró marcharse con los ojos brillando por el dolor y la furia contenida temblando en sus puños.

—Esto no es un aire enrarecido, maldita sea. —dijo para sí mismo, y en voz alta —. Esto es una tormenta.

No veía mal humor en sus compañeros, que siempre habían pecado de hoscos, más nunca de hirientes. El Puño siempre fue una familia, con sus roces y golpes, más con una clava donde sus miembros podían apoyarse si lo necesitaban.

No, lo que veía era algo más.

Era la necesidad de obviar cualquier tipo de empatía. Los pensamientos exhibían garras y dentellaban en la lengua, provocando incendios que a la conciencia no le importaba apagar.

Deseó con todas sus fuerzas que, y ojalá en esa aldea, Jard volviera del pueblo con información sobre Tak, o lo que demonios fuera. Aquello estaba ennegreciendo las almas de sus compañeros.

Hoy eran solo palabras. Pero toda tormenta lanza rayos tarde o temprano.

* * *

Jard volvió por la noche. Trajo las sábanas junto a una bolsa de hogazas de pan que había conseguido birlar.

Monc y Aldren no recibieron el alimento de buen grado.

—¡Venga, tío! ¡¿Nos morimos de hambre y tú nos traes solo pan duro?

Aldren estaba fuera de sí. Había vuelto de la guardia de peor humor que de costumbre. Caelf se preguntó cuánto tiempo llevaba sin ver sonreír a su amigo. De forma sincera, al menos. Aquel joven de sonrisa ladina y

despreocupada ahora parecía solo un eco de un pasado. El presente solo era un cascarón de ceño fruncido y malencarado con el mundo que le rodeaba.

Jard se limitó a dejar la bolsa con las hogazas del pan junto a la hoguera. Trató de no cruzar la mirada con la de sus antiguos camaradas, tratando de no buscar peleas innecesarias que atentaran a su orgullo. El silencio no fue mejor respuesta.

—¿Dónde has dejado las sábanas nuevas, Jard? —preguntó Monc con inquina —. Sé que miras mucho por Illia y su vástago. Me pregunto si habrás escondido algo sabroso para disfrutarla a solas con tu concubina.

Jard, que se había dado la vuelta para alejarse, dudó durante un segundo. Solo uno.

—Las sábanas están en la caravana de Yalen. Podéis preguntarle a él directamente. Yo me voy a hacer mi parte de la guardia.

Luego siguió caminando.

Caelf se levantó y se fue con él.

Dejó al resto del grupo fulminándose unos a otros con la mirada. No le gustó lo que vio. Eran los destellos en los ojos que había visto mil y una vez en las tabernas; precedían una pelea a navaja donde alguien acababa lamentando lo sucedido.

—¡Jard! ¡Espera!

El elfo se detuvo unos instantes. Lanzó una mirada de soslayo a sus espaldas.

—Dime que has encontrado algo sobre…, eso.

Caelf se paró a su lado. Jard se rascó el mentón con el hombro antes de negar con la cabeza.

—Nada por aquí. Aún no sé a qué nos enfrentamos. Los acólitos de los templos creen que puede ser algún tipo de maldición, pero tampoco lo toman en serio. Las maldiciones tienden a ser más proactivas. Esto es demasiado sutil.

Caelf pateó una piedra y bufó.

—¡Joder! ¿Esto es sutil? ¿Acaso estoy volviéndome loco? Sea lo que sea,

está cambiando al grupo.

Jard volvió a negar con la cabeza.

—No los está cambiando. Los está potenciando. Esas bajezas no han nacido de la nada. Siempre han estado ahí. Por eso hemos tardado tanto en verlo.

Caelf lanzó una mirada al campamento. Silencio. A esas alturas Illia debería estar tocando su Laud. Puede que Aldren discutiera de buen humor con Monc sobre alguna chorrada arcana. Gina estaría tratando de recordar alguna chanza de su niñez.

Nada. Solo había silencio.

—Ellos no eran así.

Jard escupió al suelo. Siguió caminando, obligando al muchacho a hacerlo junto a él para mantener la conversación.

—¿Seguro que no? Eres joven incluso para ser humano, Caelf. Todos tenemos pozos negros en nuestro interior.

—No. Es el puto diamante. Desde que Aldren agarró esa asquerosa joya las cosas han cambiado. Y Yalen dice que no quiere malvenderlo. No se deshace de él.

—Yalen encontrará excusas como ha hecho hasta ahora para no perderlo. ¿Qué propones?

Caelf se adelantó y se detuvo ante él. El elfo vio la determinación en los ojos del muchacho.

—Entiendo —susurró Jard —. ¿Y si nos equivocamos? ¿Y si el diamante no tiene nada que ver? Nos habríamos desecho de la única oportunidad de ganar algo de sustento para encarar el invierno. Nuestras gargantas penderían de un hilo por nuestros propios camaradas. ¿O acaso dudas de que puedan cortarnos el cuello mientras dormimos?

Para sorpresa de Jard, Caelf negó con la cabeza.

—No. Ahora mismo no lo dudo. Pero…, ¿qué más tenemos?

—Lo mismo que siempre. Nada. Aguantar y sobrevivir. Tal vez deberías marcharte de El Puño.

—No pienso irme sin Aldren. ¿Y que retiene tu marcha? — No respondió.

Incluso le apartó la mirada — Entonces, es cierto lo de Illia. Es tu hijo.

Jard torció el gesto. Siguió caminando, sin decir nada, hasta que estuvo lo suficientemente lejos del campamento.

Caelf le siguió en todo momento, respetando su silencio.

Allí se apoyaron en una roca. El cielo era un manto de estrellas difusas por las nubes. El páramo era un terreno arcilloso sin apenas vegetación, más la poca que había, solo aportaban un valor simbólico al lugar.

—¿Sabes por qué sé que no han cambiado? —preguntó Jard, admirando las esquirlas de plata que pendían en el firmamento —. Porque Illia me hizo prometer dos cosas cuando supo que estaba en cinta. La primera, que jamás le contara a nadie que yo era el padre. La segunda, que en el momento del nacimiento la ayudara a dejar la criatura en un orfanato cercano. En silencio, y sin que el resto de El Puño lo supiera.

»Illia ya se avergonzaba de mí, y de lo nuestro, antes de la dichosa gema. Ahora apenas me dirige la mirada sin poner los ojos en blanco. Ya no se molesta ni en fingir su desprecio cada vez que me habla.

»Monc siempre fue prepotente. Sus humos intelectuales siempre se escudaron en su paso por la academia de magia. Unos estudios de magia que jamás llegó a completar. Si no fuera por su sangre de hechicero a día de hoy sería tan útil como una herradura para atraer la buena suerte.

»Gina nunca superó su pasado, y ahora lo carga como un puñal. Aldren siempre fue arrogante. Y Yalen… Bueno, Yalen siempre ha sido Yalen. Su parquedad en palabras hace de él, ahora, casi un ermitaño. Sea lo que sea que afecta a la compañía no los cambia. Solo los potencia.

Guardó silencio. Caelf escuchó sin interrumpir. Jard terminó su alegato:

—Somos lo que somos, muchacho. Tu y yo solo somos las manzanas menos podridas del cesto. Un cesto que ha dado de comer a las moscas y los gusanos desde el día que nacimos.

El humano solo tenía una pregunta.

—¿Por qué tu y yo no nos vemos afectados?

Jard soltó una risotada triste.

—¿Qué te hace pensar que no lo estamos siendo?

«Tak», pensó Caelf. Aquella palabra era las costras de un leproso. El síntoma físico de una enfermedad. Que ni él ni el elfo la emplearan era

una muestra de sanidad mental. Pero no lo dijo; sabía lo que Jard respondería.

«Ellos tampoco parecen darse cuenta de que dicen esa palabra»

Caelf no dijo nada más. Pensó en dejar a Jard a solas y volverse, pues el elfo tampoco tenía nada más que aportar. Sin embargo, prefirió la compañía silenciosa que el recordatorio de alud que pendía de sus vidas; la hostilidad de su familia.

Se quedó allí pensando en cómo podría arrebatar a Yalen el diamante.

Fue un largo rato en la oscuridad. La brisa nocturna traía las nuevas de que el invierno era inminente. Hacía frío en aquel yermo árido, pero no le importó. Cavilaba sobre las consecuencias de su plan, y no dejaba de darle vueltas a lo último que le había preguntado su compañero.

¿Acaso él seguía siendo él mismo? Se dio cuenta de que no había nada más horrible que perder su propia identidad. Por mucho que Jard creyera que "aquello" solo potenciara las bajezas, Caelf sabía que el libre albedrío también dependía de las herramientas que uno disponía para ponerles puertas.

Monc podía ser condescendiente con el resto, pero también servicial y orgulloso de echar siempre una mano.

Gina tenía un pasado tormentoso, pero eso le servía para valorar más la dulzura de la que aún disponía; haciendo que prefiriera encontrar excusas para sonreír.

Aldren era arrogante, pero también valiente y considerado; trataba de traer alegría a los que consideraba su familia, por los que daría la vida.

Si uno dejaba de ser consciente de su propia consciencia, dejaba de ser él, por mucho que solo diera rienda suelta a los renglones más torcidos de su alma. Ser solo una parte de uno mismo es dejar de ser uno mismo.

El concepto lo mareaba.

No supo cuanto tiempo pasó hasta que escuchó la voz de Aldren detrás suya. Se giró para verle, junto a Monc, pasando cerca de ellos.

—Monc y yo vamos a la aldea a ver si encontramos algo de comida. ¿Te vienes?

Caelf miró a su amigo. Aquel rostro sonriente distaba mucho del joven con el que se había criado. Los ojos estaban vacíos. La sonrisa era solo un

recordatorio de lo perdido.

No. Aquel rostro era una máscara. Debía serlo, pensó abatido.

—Me quedo —declinó con tranquilidad —. Ayudaré a Jard a hacer guardia.

Aldren ladeó la cabeza.

—Si el elfo hubiera hecho su parte durante el día, no tendríamos que irnos por la noche —gruñó — Bah. Quédate si quieres, pero no esperes que te traiga la comida a la mesa como he hecho siempre. Debes madurar.

Y tras decir esto, Monc y él se perdieron en dirección a la aldea, amparados por la oscuridad.

Caelf se arrepintió al día siguiente de declinar el ofrecimiento.

Incluso años más tarde, cuando su nombre ya era otro, piensa en aquel momento; con su amigo perdiéndose en la penumbra de la noche. Siente un escalofrío acompañado por el pensamiento de «¿Por qué diablos no fui con él?».

Preguntándose si aquello, tal vez, hubiera cambiado algo.

Capítulo 6

6.-No preguntes. Ahora no.

—Despierta, Caelf. ¡Despierta!

Abrió los ojos con el diablo de aquella suplica imperativa a las puertas. Se irguió cuando alguien le agitó los hombros, exigiendo que espabilara.

—¡¿Qué?! ¡¿Qué ha pasado?!

Tras hacer la guardia con Jard, había vuelto a su tienda para dormirse. No se esperaba aquel despertar, que clamaba escapar de un cielo que se derrumbaba sobre sus cabezas.

Era Gina quien lo zarandeaba. La mediana estaba a medio vestir. Su pelo, usualmente bien peinado y recogido como una trenza, se alborotaba salvaje sobre su cabeza.

—Pasa que nos largamos cagando leches de aquí.

Caelf aún abotargado, arqueó la espalda; abrió y cerró los ojos.

—¿Qué demonios ha pasado? ¿La guardia?

—Como siempre. A estas alturas estarán preparándose para atacar el campamento. Ayuda a los demás a, tak, guardar las tiendas en la carreta de Monc y a preparar los bueyes. Nos largamos de inmediato.

El joven se incorporó de inmediato.

—Espera… Recuerdo que Aldren y Monc salieron ayer a la aldea. ¿Están bien?

Ella graznó una carcajada.

—Han vuelto de puta madre. Si ayer tuviste la oportunidad y no los detuviste esto también es culpa tuya, así que ayuda y cállate.

Él obvió las puyas y salió de la tienda a toda prisa.

Jard ayudaba a Illia con la tienda. Monc terminaba de preparar el tiro de los bueyes de su carreta. Aldren tiraba tierra sobre los restos de la hoguera, tratando de apagarla sin levantar mayor humareda.

Había cierto caos en las actividades. Todos parecían moverse a cámara rápida para la mente abotargada de Caelf, y tras unos segundos de

perplejidad, se encaminó hacia su amigo.

Aldren le lanzó una mirada y esbozó su socarrona sonrisa, una que cada día perdía más valor, y lo que antes le transmitía buenas vibraciones, ahora producían ciertos escalofríos.

—¡Buenos días, dormilón! Creo que Gina ya te ha puesto al día —espetó mientras aplastaba las brasas con una piedra, creando esquirlas candentes sobre el aire —Ayúdame con esto y luego plegamos la tienda.

Caelf agarró la pala y comenzó a cavar, volcando la tierra sobre las ascuas.

—¡¿Qué demonios ha pasado?! ¿Os han pillado robando?

Él soltó una carcajada.

—No me han pillado en la vida. Ayer no iba a ser una excepción. Tengo un regalo para ti.

Se acercó a él y, tras dar un par de vistazos asegurándose de que nadie les prestaba atención, le pasó con disimulo un trozo de queso.

Caelf lo miró. Sintió los motores de su lengua ponerse en marcha. Comenzó a salivar al sentir el aroma en su nariz.

—Tengo también algo de morcilla. Y Monc tiene más. Cuando terminemos nuestra parte no le importará compartir la suya a cambio de que no alcemos la voz.

—¿Qué coño es esto? —preguntó perplejo Caelf, aunque solo quisiera llevarse un pedazo a la boca.

—Ya sé lo que te dije ayer, pero… ¡soy un blando! ¿Qué se le va a hacer? No pienso dejarte en la estacada.

—¿Por qué no compartís esto con el resto? Y si no os han pillado, ¿a cuento de qué viene todo esto?

Aldren posó la mano sobre la de Caelf, haciéndole cerrar el puño para que dejara de exponer el queso a la vista.

—Ya le he dado a Yalen el dinero que sacamos. Pero aquellos viejos tenían poca comida. Si compartimos con los demás estaremos igual de jodidos. Mejor tres con el estómago lleno que todos con el estómago medio vacío.

Caelf se sentía abrumado por aquello, y aún quedaba la peor parte.

—Responde… Si no os han pillado…

Aldren dejó de sonreír.

—He dicho que a mi no me han pillado. Pero Monc no es especialmente ágil. Tuvimos que matar a los viejos. Con eso hemos ganado algo de tiempo, pero a estas alturas ya habrán encontrado los cadáveres. ¿Qué más necesitas saber?

Caelf no pudo evitar abrir la boca, admirando como un idiota la poca delicadeza de lo que expresaba su amigo.

Robar era una cosa. Matar otra bien distinta. Incluso en los lindes más flexibles de la moralidad había límites.

—¿Qué habéis hecho qué…?

—¡Por Olidaddmara! ¡Madura! —gruñó perdiendo la paciencia —. Y deja de mirarme como un idiota. Si ayer hubieras venido, Monc no hubiera tenido que entrar conmigo. Así que cómete el puto queso o tíralo. Bastante he hecho ya por ti.

Aldren terminó de patear las ascuas y se largó.

Caelf se sintió abatido. Aquello era un punto de no retorno. Un grito en una montaña nevada segundos antes del alud.

Se largó y le dio el queso a Jard.

—Dáselo a Illia. No preguntes. Ahora no.

Se fue a agarrar las telas para guardarlas en las carretas. Tenía nudos por todo el cuerpo: en el estómago, en la garganta, en el corazón… Sentía la grasa del queso en las manos. No dejaba de pensar que aquella turbiedad en sus falanges era la de sangre que ya jamás podría limpiarse.

Quiso excusar a Aldren. Matar era parte de la vida. Uno debía aprender a defenderse de bandidos. Pero aquello era distinto. Eso era un asesinato a sangre fría. Miró la bolsa de panes que Jard trajo el día anterior.

Aún quedaban dos hogazas.

Se largaron de allí mucho antes de que los guardas fueran a investigar a los foráneos.

Caelf sintió que parte de toda su vida se quedó allí, abatida, aunque ningún uniformado pudiera encontrarla jamás.

Capítulo 7

7.- Di tus últimas palabras.

—Debe ser esta noche —expuso Jard.

Caelf asintió.

Estaban lejos de cualquier poblado, lo que haría más laxas las guardias nocturnas. Los hechizos de alerta de Monc y Jard deberían bastar para las bestias, y la compañía tendía a relajarse cuando no había seres inteligentes que pudieran burlarlos para robarle lo poco que tenían.

Cosas de ladrones.

Aquella noche acampaban en el bosque. El inicio del invierno se había cebado con las copas de los árboles, dejando desnudas las ramas grises. La nieve había matado la hierba y podrido los arbustos. Encontraron un remanso medio despejado cerca de la carretera, pero lo suficientemente alejado como para guarecer las caravanas. Todo el terreno estaba cubierto por el manto de la nieve. Un manto resplandeciente bajo la luna llena.

Caelf y Jard se calentaban las manos en una hoguera separada del resto. A nadie parecía importarle demasiado la ausencia de ambos, aunque estos sabían que pronto aquel aislamiento sería una nueva excusa para iniciar discusiones y tirarse platos a la cara.

El humano se palmeaba las manos frente a la llama, tratando de que sus dedos entraran en calor. Aquella noche le harían falta.

—Tu eres el que mejor sabe de esto… ¿Cómo lo harás? —preguntó Jard.

—No se me da bien planificar —sonrió Caelf con amargura —Siempre que trato de planear algo minuciosamente se va al traste. Prefiero improvisar y confiar en la suerte.

El elfo esgrimió media sonrisa.

—Es curioso que sea tu amigo, y no tú, quien sea devoto de Olidadmmara. Eso que has dicho casi podría ser parte de un sermón, de esos clandestinos, que procesan sus clérigos.

—Si Olidadmmara nos ayuda esta noche puede quedarse con mi culo si lo desea. Pero hasta el momento mis aciertos y cagadas son solo míos. Malo

sería que un ser divino se ameritara con lo que me hace ser yo.

—A veces se me olvida lo rápido que maduráis los humanos. Brindo por eso.

Levantó su odre en un gesto simbólico.

—Da mala suerte brindar con agua.

Jard soltó una carcajada.

—¿Acaso, a estas alturas, es eso algo significativo?

Caelf le devolvió la sonrisa y levantó también su odre.

* * *

Ambos se ofrecieron a hacer la guardia, aunque nadie la pidiera. Esperaron a que todos estuvieran durmiendo para plantarse frente a la caravana de Yalen. La nieve, por entonces, ya cubría hasta la mitad de las ruedas. Los bueyes yacían bajo un pequeño establo improvisado con mantas colgando sobre las copas de los árboles. Los ojos rojizos de los animales siguieron curiosos a la dupla que, evitando los escombros helados, se movían entre la penumbra que destilaba la hoguera.

—Vigila y ten preparado algún hechizo —murmuró Caelf —. Si Yalen se despierta voy a necesitar toda la ayuda del mundo.

Jard podía ver mejor en la penumbra, con lo que asintió.

Caelf evitó los copos más densos de la nieve para evitar hacer ruido. Se acercó a la puerta de la carreta sin mirar atrás, esperando que su compañero hiciera su parte de la mejor forma posible.

Miró el ojo de la cerradura. No era sencilla, y eso era por lo bien que Yalen sabía de lo fácil que podían forzarse. Se introdujo la mano en los bolsillos y sacó unas ganzúas. Se quitó los guantes que le calentaban las manos, para maniobrar mejor los sutiles movimientos que precisaba.

Era un cerrojo de nuez, pero tenía resortes curvos para evitar las ganzúas.

No era ningún impedimento.

Caelf introdujo una horquilla hasta encontrar la primera curva. Cerró los ojos, tratando de sentir el ángulo. Luego lo sacó y mordió el alambre para moldearlo. Volvió a introducirlo hasta sentir otra curva. Notó el resorte, e introdujo la otra ganzúa. Solo necesitaba usar el hierro rígido para

empujar el doblado al interior del cerrojo.

—¿Cómo vas? —murmuró Jard a sus espaldas.

Caelf no respondió. No quiso. De momento la cerradura no había hecho ni el menor crujido, y era lo que quería. Dar voz al silencio era la primera mala opción que se le ocurría para que les pillaran.

Introdujo la ganzúa y maniobró la horquilla.

Sintió el perno. Una pequeña vibración en un mundo rígido. Un cartel luminoso que indicaba el camino.

Volvió a sacar la horquilla y lo moldeó una vez más con los dientes. Lo introdujo con cuidado, guiándolo con los ojos cerrados, usando para ello solo la memoria, y cuando volvió a introducir la ganzúa.

«Listo»

El cilindro giró y la puerta comenzó a abrirse.

La detuvo. Caelf ya sabía de las desgastadas bisagras. Yalen le contó en su momento, mientras le enseñaba a falsificar salvoconductos, que aquel inocuo y molesto detalle podía servir de alerta ante intrusos indeseables. El enano se jactaba con orgullo de no engrasarlas jamás, y el muchacho no pensaba caer en algo tan burdo.

Agarró la puerta desde abajo para elevarla unos milímetros por encima de su base. Solo entonces comenzó a abrirla poco a poco, asegurándose de evitar los chirridos producto del roce de las bisagras.

Abierta.

Del interior surgían los ronquidos del enano. Caelf por poco se achanta de tan solo oírlos. Casi le parecían los quejidos de un oso al que sacan de su letargo.

Le hizo señas a Jard.

«Vigila».

Y se internó, por propia voluntad, en la morada del oso.

Al primer paso por poco se da de bruces con las baratijas que el enano colgaba del techo. Nunca lo había pensado de esa forma, pero con los ojos del hurto, entendió que tenían alog más que una función decorativa.

Se agachó, sabiendo que por su altura acabaría golpeando alguno de los artefactos, y este chocaría con otros. Un ruido simple, pero eficaz para el oído entrenado.

Luego estaban los tablones. La humedad de la nieve bastaría para hacerlos crujir al peso. Los métodos más rudimentarios podían ser los más viables, y el enano lo sabía. La disposición no era al azar, y Caelf sintió orgullo de cualquier entrenamiento que Yalen pudiera haberle otorgado.

Para desgracia del mentor, el alumno atendía.

Se colocó de rodillas y humedeció la pernera del pantalón con la nieve de sus botas. Se deslizó de rodillas, dejando que el engrudo enmudeciera el roce, y se deslizó hasta el escritorio.

Yalen dormía al fondo. Tumbado en la cama y con la vista clavada hacia la puerta de la carreta. Caelf tragó saliva de imaginar aquellos párpados gruesos abriéndose en cualquier momento.

Miró el escritorio. Solo papeles. Nada de valor. El tintero se hallaba derramado y la tinta ya seca embotaba todo. Ni siquiera había algo legible.

Siguió deslizándose hacia el interior. Más cerca del enano, para malestar del pícaro.

Vio el cofre bajo el camastro.

Caelf torció el gesto.

Se agachó del todo, y tumbado, comenzó a reptar con movimientos lentos.

Espero, con todo su ser, que Jard no fuera demasiado impaciente. Lo último que quería era que el elfo se preocupara y entrara a la carreta, hiciera ruido, y Yalen despertara con el tumbado y expuesto.

Para su fortuna, eso no ocurrió. Llegó hasta el cofre. Con cada ronquido, sintió el aliento de Yalen acariciándole el rostro. Un olor a cerrado. El enano no tenía el parche, y la cavidad de su ojo muerto era una isla de carne rosada.

Manoseó el cofre. Pesaba, y no podría abrirlo sin sacarlo de debajo de la cama.

Suspiró.

Esperó una inhalación del enano, y cuando comenzó a exhalar, aprovechó el ronquido para tirar del baúl. Fue un tirón ligero, pero consiguió moverlo un poco, y el bramido de aquella respiración había conseguido ocultar el ruido.

Así lo hizo ocho veces más, hasta que consiguió sacar el cofre del todo.

«Dime que al menos no está cerrado», pensó desesperado.

La cara de Yalen estaba tan cerca que bien podría arrancarle la nariz de un bocado si este despertaba. Casi sentía el calor que emanaba su cuerpo azotando su rostro. El olor tampoco era agradable.

Otra vez más, le sonrió la fortuna; el cofre no estaba cerrado.

Lo abrió y allí la vio. Oculto en los pliegues del mismo trapo en el que Aldren se la entregó meses atrás.

Agarró la doblez y sintió el diamante en su interior.

Sonrió.

Yalen le agarró el brazo y Caelf por poco deja escapar un grito. El ojo inquisitivo del enano se clavó en él. Había una frialdad en aquella pupila oscura que recordaba a la de una bestia.

—Di tus últimas palabras, chico.

Caelf no pudo apartar la vista. Luchó por no quedarse paralizado.

—Espero que me perdones esto, Yalen.

Dijo, y con la mano libre, propinó un puñetazo entre las sábanas. Justo donde imaginaba que se encontrarían los genitales del enano.

Yalen exclamó un soplido de puro dolor. Un sonido agudo surgió de sus labios a medio cerrar. Los dientes apretados. El ojo perdió su pupila al subirse, devolviéndole al joven un blanco enrojecido.

No se lo pensó dos veces y echó a correr.

Capítulo 8

8.-Una bolsa llena de piedras.

Salió de la carreta olvidando todo subterfugio. Al caer sobre la nieve por poco pierde el equilibrio. Jard le miró asustado.

—¡Corre! —bramó Caelf mientras hacía honor a sus palabras.

Ambos salieron a la carrera. Se golpearon con los esqueletos de los arbustos en las perneras, e hicieron caso omiso a las bofetadas de las ramas más bajas mientras se internaban por el bosque.

—¡¿La tienes?! —preguntó Jard.

—¡La tengo! ¡Ahora cállate y corre!

La nieve mataba su marcha. A medida que corrían, les cubría hasta las pantorrillas. Caelf saltó por el tronco caído de un viejo árbol, y levantó una polvareda blanca a su paso. Jard trató de seguirle, pero el peso de sus pies anegados no le permitió ganar altura. Chocó con sus rodillas el tronco mientras caía al otro lado.

—¿Estás bien?

Jard trató de levantarse y al sentir un crujido en su pierna, bramó de dolor. Cayó sobre la nieve

—¡Márchate! ¡Corre y llévate eso lejos de aquí!

—¡¿Cómo de lejos?!

—¡Lo suficiente como para que nunca sea encontrado! ¡Márchate!

Caelf obedeció. Se dio la vuelta y marchó. Dejó a Jard tratando de erguirse apoyándose contra el árbol caído.

Pensó en que ocurriría cuando los otros le encontrarán allí, y durante unos segundos, aquello le reconfortó. Al menos los distraería mientras la ira de El Puño caía sobre el elfo. Los detendría unos preciados segundos.

Se sacudió la cabeza. Se sintió miserable por aliviarse ante la horrible idea. Sabía que era el miedo lo que producía aquella perversa cavilación. Era suya. No de la gema.

Apresuró la carrera entre la penumbra de los árboles. Sin las hojas, los troncos se retorcían como un mal presagio. Las cortezas grises estaban

yermas de vida. Ni siquiera sabandijas se ocultaban entre los pliegues.

Al menos, la nieve reflejaba la luz lunar; no le costaba ver donde pisaba. Con cada paso sus piernas se hundían en la espesura albina del suelo. Levantar los pies era un trabajo horrible. Hacía rato que no sentía los dedos del pie, y no sabía si era por la adrenalina o por la congelación. Sí que sentía la tensión de los gemelos por el esfuerzo. Detrás suya dejaba la zanja que alineaba su carrera.

Tardó en darse cuenta de que el suyo, no era el único rastro. Había otro que incluso le sacaba algo de ventaja.

Un destello y fue el azar, no la habilidad, lo que le salvó la vida. Una piedra oculta en la nieve le hizo trastabillar por la sorpresa, y se dejó caer mientras una afilada hoja hendía el aire donde medio segundo atrás oscilaba su cuello.

El atacante había salido de entre los árboles. Esperó pacientemente a que el muchacho pasara para esbozar el corte.

—¡Asqueroso traidor! —bramó Aldren.

Caelf trató de rodar sobre la nieve, pero fue como hacerlo sobre el lodo. Tan solo consiguió quedar tendido bocarriba, y su amigo de la infancia aprovechó la ocasión para propinarle una patada en pleno rostro.

El golpe sonó sordo en la noche; para Caelf fue como si alguien hubiera reventado una vajilla entera dentro de su cabeza. La puntera impactó sobre el mentón. Sintió el crujido de los huesos resistiendo a duras penas. Escupió sangre y el coágulo cayó sobre la nieve creando un rojo contraste.

Aldren levantó de nuevo el pie. Esta vez para aplastar. Caelf, que ya tuvo suficiente con el primer golpe, rodó a un lado. El talón se hundió en la nieve.

—¡Para, Aldren! —Se irguió mientras su amigo le fulminaba con la mirada —. ¡Tuvimos que robar el diamante! ¡Es lo que os ha estado...!

Aldren lo interrumpió a gritos.

—¡¿Crees que esto es por el robo?! ¡Yo compartí el queso contigo y lo despreciaste! ¡Y sin embargo prefieres la compañía de ese asqueroso elfo a la de quien ha dado el pellejo por ti toda una vida!

Con la daga en la mano, lanzó una estocada. Caelf saltó hacia atrás para esquivarla, y lo consiguió por muy poco. Otra vez más, la punta buscaba

su garganta. No eran ataques al azar. Aldren iba a matar.

Apenas tenía movilidad en aquel entorno con los pies anegados de agua sólida. No esquivaría un tercer ataque.

—¡Podríamos haber robado juntos el diamante! ¡Lo habríamos vendido y nos habríamos alejado de esos muertos de hambre! ¿Y sin embargo decidiste usar al elfo? ¿Decidiste abandonarme? ¡Bien! ¡Ya me he cansado de tus desprecios!

Lo vio en los ojos de Aldren. El frío. Uno más doloroso y temible que el de la nieve. Un brillo cristalizado de la furia helada.

—No tiene nada que ver con eso, Aldren.

Preparó la daga para un nuevo ataque. Caelf supo que este impactaría. Le dolían los gemelos. Estaba exhausto por la carrera.

Propinó el golpe hacia adelante, proyectándolo en una estocada.

Caelf se llevó el brazo al cuello, protegiéndolo. La daga se clavó por encima del codo con tanta fuerza que acarició el hueso.

Gritó de dolor. Aprovechó el metal clavado para tirar del miembro herido. Sintió el desgarro que le produjo el filo, pero cumplió su cometido. Aquello arrancó la daga de los dedos entumecidos a Aldren. La daga cayó al suelo, junto a la sangre de Caelf, que derritió la nieve a su paso.

Desarmado, Aldren quedó perplejo. Caelf lo aprovechó para propinarle un cabezazo.

Fue un golpe débil y desesperado. La herida del brazo le restó fuerzas. Sin embargo, fue suficiente como para hacer retroceder a Aldren y partirle el labio.

Este se tocó la boca sin apartarle la mirada. Luego se lanzó sobre Caelf en un salto. Sus manos buscaron su garganta. Caelf se resistió futilmente. Cayó de espaldas con su amigo encima de él.

—¡Traidor, Tak, Traidor! —gritó Aldren.

Caelf trataba de evitar que sobre su cuello se cerraran los dedos de Aldren. Apenas podía maniobrar con el brazo herido. Con el otro agarró las hostiles falanges a la altura de la nuez.

Aldren le dio una bofetada y la cara de Caelf se giró sobre la nieve. Sintió el frío del agua helada como alambre de espino acariciándole las

mejillas.

Otro golpe, esta vez, con el puño cerrado sobre el brazo húmedo por la herida abierta. Aquello agotó sus fuerzas y Caelf soltó los dedos de Aldren. Circundaron su garganta como las garras de un halcón lo harían sobre una rata.

Primero trató de luchar. Algo primal en todo ser vivo. Golpeó sin fuerzas el pecho de su compañero. Sin éxito. Abrió la boca y los ojos cuando la segunda mano de Aldren se unió a la primera y redobló la presión sobre el gaznate. Arqueó la espalda. El peso de su amigo impidió cualquier movimiento.

Sucumbió ante lo ilógico. Boqueó y sacó la lengua anhelando el aire negado.

Ni siquiera sintió como las venillas de sus ojos reventaron por la presión que producía la presión. Se le emborronó la vista. Aldren se convirtió en una mancha turbia en el horizonte de su amplitud de miras.

Luego la asfixia trajo éxtasis. Claridad.

¿Para que luchar?

Supuso que morir no era tan malo, a fin de cuentas.

Era un pensamiento tan calmado que reconfortaba. Uno seguido de oscuridad tan tangible como los sueños o los recuerdos. Se sentía sumergido por la tiniebla. Incluso el brazo dejó de dolerle.

Claridad en la oscuridad. ¿Quién podría haberlo dicho?

Y cuando el aire volvió a llenar sus pulmones, todo aquello desapareció. Oscuridad y claridad. Volvió el dolor, y junto a él, la necesidad de sentirlo para mantenerse con vida.

Tosió hasta rajarse la garganta.

Tenía los ojos empañados por las lágrimas. La nitidez volvió. Pudo ver que Aldren estaba ahí; aún encima de él. Mantenía una postura sobrenaturalmente estática estrangulando el aire cercano a su cuello.

No parpadeaba. Ni siquiera parecía respirar. Era una estatua de carne. Los copos de nieve se adherían a su rostro y la mueca de odio que expresaba.

—¡No sé cuánto tiempo podré mantener el conjuro! —gritó Jard cerca de

él, apoyado contra un tronco cercano —¡Tienes que irte ahora!

Caelf no lo pensó dos veces. Empujó a Aldren y este cayó hacia un lado, sin siquiera perder la postura. Se levantó y trastabilló los primeros pasos, aun tosiendo.

Aún con el brazo herido, la cara lacerada por la nieve, el cuerpo entumecido, y la garganta abotargada, inició su marcha.

Apenas pudo dar zancadas los primeros metros, pero cuando el corazón volvió a bombear adrenalina, redobló su carrera camino a ninguna parte.

Corrió cuanto pudo, agarrándose el brazo para parar la herida. Hasta el calor de su propia sangre le reconfortaba los helados dedos.

Se sentía mareado y dolorido. Le acalambraban los gemelos. Le pesaban los párpados.

* * *

No supo cuánto tiempo pasó.

Llevaba ya un rato que solo caminaba. Su cuerpo no daba para más. Aún se agarraba el brazo. La sangre se había secado y congelado en la tela de la camisa. La herida ya no vomitaba profusamente. Aún estaba cálida y húmeda, un rugido en su sistema nervioso que producía lava por el dolor, pero que no terminaría con su vida por desangramiento.

Pero estaba cansado. Cansado y abatido. Prosiguió su camino a pasos lentos y temblorosos.

Y encontró el lago.

La escarcha cubría la superficie, pero no estaba helada. Apenas escombros de hielo flotando sobre las aguas turbias. La nieve languidecía en sus cercanías. Algunos árboles aún conservaban sus hojas en la rivera.

No sabía cuánto había corrido, o si ya estaba lo suficientemente lejos de sus compañeros. Se agarró el brazo.

«Maldición», pensó, pues no sabía siquiera si todo lo que había sufrido aquella noche serviría para algo.

«Tendrá que valer»

Sacó el trapo doblado de su bolsillo, y de este, extrajo el diamante.

Estaba caliente.

Agarró la bolsa de cuero que utilizaba para almacenar las monedas en tiempos mejores, ahora vacía. La lleno de pequeños guijarros de la orilla del lago, y junto a ellas, introdujo el diamante.

Anudó el cordel de la boca de la bolsa. La cerró.

Depositó todos sus deseos y esperanzas en una bolsa llena de piedras, y luego la lanzó lo más lejos que pudo al interior del lago.

La bolsa chocó contra la escarcha de la superficie. Crujió con fuerza al atravesarla. Se hundió. No hubo ondas que relevaran de su presencia.

Se hizo el silencio.

«Tendrá que valer», se repitió.

Se quedó de cuclillas admirando la calma del lago. Ya amanecía. El sol se reflejaba en el agua y revotaba sobre los grises troncos de los árboles que la rodeaban. El calor que producía el astro era agradable después de una noche tan fría.

La luna ya se había marchado y la jornada de un ladrón tocaba a su fin.

Tocaba descansar.

Capítulo 9

9.-Algo diabólico.

Despertó a las pocas horas. Seguía con vida, y aunque helado, podía moverse. El brazo le dolía como el diablo. Tenía los dedos de los manos amoratados.

Pero vivo. Y podía moverse.

Abandonó el lago y volvió por el mismo camino que sus pasos dejaron zanja la noche anterior. Solo tuvo que seguir la línea que partía la blancura. El sol ya había comenzado a derretir la nieve y se aguaba sobre la tierra.

Reconoció su sangre esparcida junto al rastro.

Anduvo lo suficiente como para que el astro se colocara en el centro del cielo. Fue cuando encontró a Jard y a Aldren. El primero, apoyado sobre un árbol. Sentado y con la pierna extendida. El segundo tiritaba de frío. Cuando sus ojos cruzaron los de Caelf, los apartó avergonzado.

—Ha funcionado —dijo Jard con una sonrisa.

Caelf sonrió.

Según el elfo, para cuando el hechizo de paralizar terminó su efecto, Caelf ya debió haber puesto suficiente distancia entre ambos. La sugestión del diamante debió aminorarse como un perfumen que se aleja. Aldren salió del hechizo completamente confundido, sin entender del todo ni que hacía allí, ni que había ocurrido realmente.

—Fue como un sueño —aseguró Aldren aún aturdido —Uno larguísimo pero turbio. Mi último recuerdo nítido fue agarrar el diamante en aquella casa y luego una luz surgió de él. Es como si me hubiera echado a dormir y alguien hubiera estado manejando los hilos durante meses, mientras yo soñaba con sus acciones.

Caelf admiró a su amigo mientras contaba su versión de los hechos.

Cabeza gacha. Incomodidad. Vergüenza... incluso arrepentimiento sincero.

No fingía. Estaba seguro de ello.

Aldren admiró la herida del brazo, y se ruborizó con fuerza.

—Yo te hice eso. Esa herida.

Caelf sonrió.

—¡Tendrías que haber visto como quedó el otro! —bromeó.

Paro Aldren no tragó su buen humor.

—Quería matarte. Iba a matarte. Yo... No sé...

Caelf se encogió de hombros sin perder la sonrisa.

—No te preocupes. Con que la próxima vez que te diga "Quédate quietecito y no toques eso" me hagas caso, me vale.

No era un reproche. Realmente se alegraba de volver a ver en su amigo ese brillo que le hacía ser él.

Aldren sonrió tímidamente.

—Desde luego. Pero déjame por empezar ayudándoos a llegar al campamento. ¿Os parece? Estáis hechos una mierda.

* * *

Entre Caelf y Aldren auparon al elfo y le ayudaron a recorrer el camino de vuelta. Cualquier duda sobre la recuperación de Aldren se disipó al llegar al campamento.

Allí se encontraban todos, y presentaban los mismos síntomas que el humano. Los integrantes del puño se mostraban confusos, abotargados por un extraño despertar.

Cuando los vieron llegar, tanto Monc como Gina se acercaron para ayudar a Jard a caminar hasta la hoguera central.

—¡Dios santo! ¿Qué ha ocurrido? —preguntó Gina, aunque era obvio que no solo se referían a la pierna de Jard, o al brazo herido del humano.

—Una historia larga de cojones —murmuró.

Yalen también estaba fuera. Tenía la mirada empañada y cojeaba ligeramente mientras se agarraba la entrepierna.

—¿Os habéis desecho de ella? —preguntó nervioso cuando Caelf y Jard se

acercaron.

El joven le aguantó la mirada.

—No había otra forma.

El enano sonrió.

—No te preocupes por eso. —palmeó con cierta rudeza cariñosa las mejillas del chico —. Pero pienso patearte el cráneo por lo que le has hecho a mis pelotas en cuanto te recuperes.

Aldren soltó una carcajada. Caelf también sonrió.

«Joder», pensó al darse cuenta del tiempo que hacía que no sonreía ante su grupo de una forma sincera.

Illia ayudó, junto a Monc, a entablillar la pierna de Jard. Aldren y Gina vendaron el brazo de Caelf y la segunda le untó ungüento por los cortes de la piel del rostro.

Alimentaron la hoguera y prepararon algo de caldo para comer usando raíces de los árboles cercanos. Insípido en sabor, pero reconfortante en el calor que dejaba su paso por el estómago.

Todos parecían, al igual que Aldren, extáticos por el despertar. Y así lo llamaron. Como perder los hilos que tejen un sueño largo y poco reconfortante.

Arremolinados junto al fuego, Caelf le pidió a Illia que tocara algo con su laud. Lo que fuera. Aquella normalidad era la más reconfortante recompensa.

—He conocido a muchos labios azules adictos al sannish en mi vida —inquirió Gina —. Lo que me contaban de la droga se asemeja mucho a esto. Despertar de una euforia que parecía más la de otro que la de uno mismo.

Yalen negó con la cabeza.

—Esto no era una droga, Gina. Era algo más. Algo diabólico me atrevería a decir.

—Jard y yo supusimos que era una maldición, pero era demasiado sutil en el cambio como para ser un hechizo simple.

—No —Yalen negó con la cabeza —. Recuerdo los últimos meses como si los hubiera vivido otro, pero lo recuerdo todo. Incluso una presencia. Algo

que estuvo en todo momento con nosotros, aunque no lo viéramos. No era un conjuro. Era inteligente. Tenía consciencia. Una horrible y perversa.

Monc sorbió de su cuenco y se atragantó con las palabras del enano.

—¡Espera! No estarás insinuando lo que yo creo, ¿Verdad?

Yalen no respondio de inmediato. Meditó sus palabras.

—Soy demasiado viejo como para haber visto ya demasiadas cosas que no debería y saber demasiadas cosas que es mejor no saber. Sí, Monc. Un diamante... Esa inteligencia pérfida... Sí, Monc, me refiero justo a eso.

—¿Un demonio? —preguntó el gnomo, boquiabierto —En la academia había oído historias de magos que habían encerrado a ajenos en gemas, pero creía que eran historias para ensalzar erotismos de poder para agasajar adeptos.

Illia tosió.

—Yo también lo he sentido, Monc. Esa... presencia o lo que fuera. Era un susurro en el oído. Un desgarro en la conciencia. Me hacía querer odiarlo todo. Me argumentaba motivos tan válidos como respirar para mantenerse con vida. Y yo solo quería escuchar más y más.

—Todo lo hemos sentido, cielo. —aseguró Gina y posó su mano sobre el hombro de la humana.

Jard parecía escéptico.

—¿Y por qué no se posicionó? ¿Me queréis hacer creer que un monstruo infernal ha estado siguiéndonos durante todo este tiempo sin que nos percatáramos?

—No creo que tuviera siquiera cuerpo —aseveró Yalen —. No en nuestro plano de la realidad al menos.

El elfo chasqueó la lengua y se cruzó de brazos.

—Y yo lo traje al Puño —afirmó Aldren con tristeza.

El muchacho se había mantenido en silencio la mayor parte del tiempo, escuchando. Tenía mucho que cavilar.

Nadie supo que responderle.

—De lo único que eres culpable, Aldren, es de ser imbécil —gruñó el Enano —. Dijiste que el chivatazo vino de un trabajito de los gremios de La Costa de La Espada. Eso lo recuerdo con claridad. Me pregunto si no se trataría de una simple treta para deshacerse de la joya, y de paso, sembrar algo de caos en los gremios sureños. Sin embargo, tu caíste en la trampa. Dudo que en dos vidas humanas hubieras podido imaginar lo que ocurriría a continuación. No te fustigues.

—Yo habría caído también —aseguró Gina, aunque el deje tembloroso de su voz indicaba que era la compasión, y no la honestidad, lo que le hizo decir aquello.

—¿Y porque no nos afectó a Jard o a mí? —preguntó Caelf —. Si el demonio quería destruirnos, ¿no hubiera sido más fácil aparecerse mientras dormíamos y destrozarnos?

Un escalofrío le recorrió la espina dorsal mientras pronunciaba sus dudas en voz alta. Lo fácil que habría sido.

—A tu primera pregunta, chico, ni idea. A la segunda —Yalen clavó su ojo en él — ¿Quién sabe cómo piensa un ser infernal? Son eternos. Más viejos que algunos dragones. Y su mente es pura malicia. Alégrate de no entenderlo. Significa que tu línea de pensamientos está lo más alejada posible de la suya.

Se hizo el silencio. Solo quedaba una pregunta más y el miedo a la respuesta hizo que tardara en ser formulada.

—Entonces, ¿Todo ha terminado ya?

Nadie supo responder. Nadie entendía del todo bien siquiera que significaba “terminar” para un demonio.

—De momento estamos libres de su influjo. Voto por que Caelf nos indique la dirección del lago para que pongamos, desde ya, las carretas en marcha en la dirección opuesta con tanta rapidez como podamos.

Capítulo 10

10.- Secuelas del alma.

Al buen humor de la pérdida del influjo de aquel demonio, lo precedieron días amargos.

Las noches se enturbiaban con los recuerdos de los días previos. Un malestar que azotaba las conciencias reconstruidas tras la marcha de aquel ser.

Secuelas del alma, así las llamó Monc. Derramaban aceite hirviendo sobre la victoria de la compañía.

Pues si bien los recuerdos solo eran los ecos de lo vivido, los sueños querían ser algo más. Un recordatorio constante. Una cicatriz en el cerebro, y en el alma, de lo que hicieron bajo la sugestión de la bestia.

Caelf descubrió a Aldren despertando entre llantos en más de una ocasión.

En sus pesadillas recordaba cada mal sentimiento, cada pensamiento infame. La imagen de como apuñaló al anciano cuando entró en su casa a robar se grababa a fuego en los pliegues de su cerebro.

—Trece veces —susurraba cuando Caelf trataba de calmarlo —La primera para matarlo. La segunda para asegurarme de su muerte. Las otras once fueron el castigo que le impuse por haberme obligado a hacerlo. No me movía el miedo. Solo el odio.

De día los recuerdos se desdibujaban. Era sencillo achacar sus actos, insultos e injurias a la sugestión del demonio. Por las noches los sueños les recordaban que fueron ellos, y solamente ellos, los actantes de la barbarie. Cada pesadilla dibujaba el sentimiento atroz que inspiró cada terrible pensamiento, o cada vil acto cometido, en los últimos meses.

Por la noche el alma recordaba y le gritaba al cerebro: «No. Tú tienes la culpa. Tú lo permitiste. Fuiste débil y ahora estoy manchada».

Caelf le quitaba hierro. El arrepentimiento es solo un síntoma de buena salud, visto el pasado. Y el grupo asentía y mantenían el buen humor por durante el día.

Por la noche, todos parecían querer hacer tiempo antes que quedarse a solas con sus pensamientos, y los malos sueños.

A las tres semanas Illia rompió aguas. Pasó cuando estaban lejos de cualquier villa o urbe, en mitad de la marcha.

Caelf supo en la cara de Jard que aquello rompía por completo la promesa que le había hecho a la madre de su hijo.

Capítulo 11

11.- Ese es tu nombre.

—¡Respira! ¡Tu tan solo respira!

Aparcaron la caravana en las lindes de un camino secundario en mitad de ninguna parte. Monc había sacado mantas de su carreta, y Yalen mandó a Aldren a buscar agua. Gina y Jard agarraban a la mujer que, entre estertores, luchaba consigo misma, y la misma naturaleza, por soportar los dolores del alumbramiento.

Monc dejó las mantas sobre el suelo e improvisó una cama. Allí dejaron a Illia. Su piel resplandecía por el sudor. El pelo pegajoso se pega a los contornos de la cara. El dolor se marcaba en su rostro.

—¡Caelf! ¡Fuego! ¡Vamos a necesitar calentar agua!

El joven no se lo pensó dos veces y salió en busca de ramas y pasto para hacer una hoguera. Seleccionó las más ásperas. Para cuando volvió, Illia rugía de dolor. Tumbaba boca arriba, su vientre era una montaña que erigía de su cuerpo. El ombligo hacia fuera. La espalda arqueada por los espasmos. La ropa tan humedecida por el sudor que parecía una segunda piel de la que tratara escapar.

Aldren ya había vuelto. Traía un par de cubos y admiró la escena completamente compungido.

—¿Esto está dentro de la normalidad? —preguntó mientras soltaba los cubos.

Gina sonrió.

—No os preocupéis. Dar a luz, al igual que morir, duele. Es parte del equilibrio.

Caelf soltó las ramas en el círculo de piedra que había dispuesto Monc. El gnomo chasqueó los dedos, iluminando su mano. El ramaje se encendió con bravura. El fuego se agitó por la brisa.

Yalen se acercó a Illia y estudió el semblante de Jard. El elfo estaba preocupado, al lado de la humana. Concentrado en ahuecar las almohadas que disponían bajo su cintura y en la cabeza. El enano no tardó en notar de la incomodidad de Jard; queriendo ayudar en un lugar donde no sabía si era bien recibido.

—Jard, ¿Quieres ayudar a Aldren a calentar el agua?

—¡No! —gritó Illia. Su voz sonó como un rugido —¡Debe quedarse! ¡Es su hijo!

Jard se quedó de piedra, impactado. ¡Ella lo había admitido ante todos! Ni un guantelete de piedra podría haber causado el mismo efecto. Sus ojos brillaron agradecidos, y agarraron la mano de ella.

Yalen sonrió.

—Bien, pues Aldren. Calienta el agua —se giró hacia Caelf —. ¿Qué cojones crees que haces muchacho? Deja de mirar como un pasmarote y haz algo de provecho.

Caelf, sorprendido, se acercó.

—¿En qué puedo ayudar?

El enano le guiñó el único ojo sano, o tal vez fuera un parpadeo. Lo que si sabía es que en ese gesto dedicado se leía la complicidad.

—Entra en mi carreta y trae... ¡No me mires con esa cara de escéptico, niño! La última vez que lo hiciste nos salvaste el culo a todos, así que me parece un buen augurio. Debajo de la mesa, al fondo, hay dos tablones sueltos. Allí hay una botella de vino. Tráela. Si le dices a Aldren del escondrijo te salto los dientes.

Caelf sonrió y salió corriendo hacia la carreta. Dejó a su espalda los gritos de Illia. Gina se dispuso entre las piernas de la humana y pidió prisa con el agua caliente para humedecer las sábanas.

Entró a la morada del enano. No tuvo que forzar ninguna cerradura esta vez. Recordó la noche en la que tuvo que reptar para internarse y volvió a sonreír.

Eso ya había quedado atrás.

Apartó los abalorios colgantes del techo. Llegó hasta el escritorio y lo movió. Hizo ruido, algo impensable en su última visita. Encontró dos tablones sueltos, tal como le dijo el enano. Se agachó y palpó con las manos, buscando madera saliente para abrir el escondrijo.

—¡Empuja, cielo! —Escuchó gritar a Gina, tratando de ascender su voz por encima de los gritos de Illia.

Caelf encontró un hueco entre los tablones. Introdujo los dedos y tiró. Se soltaron con facilidad. Allí vio la botella, una hermosa obra de artesanía

con una etiqueta que rezaba «Monasterio de la Rosa Amarilla». En las trabajadas aristas de la botella, el tapón simbolizaba dos manos cristalizadas; anudadas con un cordel rojo. Un líquido de color azulado llenaba hasta la mitad el recipiente.

Caelf la agarró con cuidado. El color añil del líquido resplandecía por la luz que entraba por la ventana. Y algo más. En el hueco algo parecía brillar tenuemente.

Ojeó con curiosidad, algo avergonzado de mirar las intimidades del Enano. Una espada. Larga, de hoja impoluta, casi un espejo. El pomo formaba relieves sobre el guardamano con una pequeña inscripción: «Confía en tu suerte»

Otro gritó le sacó de su ensimismamiento. Justo tras un aullido de dolor.

—¡Empuja, querida! ¡Ya sale!

Salió de la tienda con la botella en la mano…

…y no hubo dado ni dos pasos cuando se le resbaló. El vidrio cayó al suelo hecho añicos. El líquido se perdió por el suelo.

«TAK»

—¿Qué ha sido eso? —escuchó preguntar a Monc.

«TAK»

La voz surgía de un abismo y de ningún lugar. Al principio solo pareció un pensamiento horrible y espontaneo. Alambre de espino enroscado al cerebro.

«TAK»

No. Era una voz. No un pensamiento. Caelf, paralizado por el terror, lo vio en los ojos de sus compañeros. Confundidos, buscaban en todas direcciones.

Ni los gritos de Illia podían opacarlo.

«TAK»

Gina gritó de terror. Se apartó de un salto de la entrepierna de la mujer. Jard también gritó. Incluso Yalen, a quien el color había emigrado

de sus mejillas.

Aldren se apartó al ver la entrepierna de Illia. Pálido como la nieve donde lucharon por última vez. Caelf sintió el vino en sus zapatos, y desde su posición, no pudo ver que era lo que ellos veían, y que parecía surgir del interior de Illia.

El estómago crujió. Lo hizo al abrirse. La sangre surgió, escupida como la lava de un volcán. Illia volvió a gritar mientras su cuerpo se partía en dos. Sus chillidos transmutaron lo inhumano; en algo con lo que los locos solo deberían soñar.

Y luego dejó de gritar. Para siempre.

«TAK»

Emergió de entre las costillas abiertas. Una oscuridad nauseabunda que absorbía la luz. Crecía desde el cuerpo desgarrado de la mujer, bañado en su sangre. El fuego se agitó nervioso. Los bueyes mugieron asustados y tiraron de las sogas de sus cuellos, tratando de huir, hasta lacerar su piel.

«TAK»

A cada centímetro que crecía el engendro, crujía el cadáver de Illia. Negrura líquida que adquiría formas. Tumores de alquitrán. Se desenroscó sobre si mismo en tentáculos y colmillos. Sin ojos ni rostro. Solo una masa cubierta de lenguas de la que emitían un blasfemo sonido.

«TAK»

—¡Caelf! —gritó Yalen —Trae la espada de…

No terminó la frase. Los tentáculos se movieron a una velocidad alarmante. Sesgaron el aire y cruzaron al enano. Su velocidad apagó el fuego de la hoguera. La barba cayó partida por la mitad, y luego el resto del enano.

Gina gritó cuando las rodillas de Yalen hincaron el suelo, antes de caer cerca de la parte superior del torso. Las tripas desparramadas opacaron el sonido de la caída.

Monc agitó los brazos en un baile prefijado. Gritó algo. La grava se elevó junto a su poder, alentado por la magia. Una bocanada de fuego surgió de sus dedos e impactó sobre el engendro.

«TAK», bramó sin voz, cuando el siseo de su carne putrefacta combustionó por la llamarada. Un humo negro surcó el cuerpo

amorfo. Los tentáculos se agitaron hacia el gnomo. Cayeron en vertical sobre él. Consiguió esquivarlos en el último momento. El impacto abrió una brecha en el suelo y levantó la tierra en una estela marrón cuando volvieron a elevarse.

Caelf corrió hacia el interior de la caravana.

Aldren se apartó cuando Gina salió corriendo. Agarró su daga y la lanzó contra el monstruo. El destello del metal voló y se enterró entre sus bocas. Más tentáculos surgieron. Consiguió agacharse en el último segundo cuando partieron el aire en dos a la altura de sus hombros.

Jard admiraba el cadáver de Illia. El fuego de Monc combustionaba su carne, ennegreciendo la blancura de las facciones de su otrora hermoso rostro.

Caelf empezaba a salir de la carreta con la espada en la mano. Uno de los tentáculos golpeó la casa rodante y hundieron los tablones que no explotaron en astillas. Volcó. Caelf saltó y rodó sobre el suelo.

«TAK» volvió a rugir la bestia.

Otra llamarada de Monc golpeó a la criatura, que agitó todas sus protuberancias por el dolor del fuego.

—¡Mierda!

De toda su elocuencia, esa fue la única palabra que surcó sus labios cuando vio que, esta vez, todos los tentáculos se dirigían a su dirección.

Sonó como el derrumbe de una montaña. Los brazos negros cayeron como una lluvia de meteoros. Levantaron el suelo. Hendieron la roca. Para cuando hubo terminado apenas quedaba un cráter. No quedó ni rastro del gnomo. Solo unas manchas rojizas y algo de carne desecha junto a jirones del color de sus ropajes.

Caelf chilló de furia. Se abalanzó sobre la criatura enarbolando la espada. Uno de los tentáculos se agitó en su dirección y él saltó por encima.

Aldren hizo lo mismo. Corrió hacia el monstruo aullando por la rabia.

Los gritos sacaron a Jard de su inopia. Abrió las manos y chispas surgieron de entre sus dedos. Preparó el conjuro con suma rapidez. El rayo surgió de su brazo y golpeo a la bestia. Todos los tentáculos se tensaron sobre si mismo por la electricidad. Con el brazo estirado mantuvo el rayo, con las piernas tensadas por el retroceso, evitando que

el engendro volviera a atacar.

—¡Ahora!

Y cuando Caelf y Aldren saltaron sobre ella, disipó el conjuro. Ambos cayeron sobre el lomo informe. Aldren encontró su daga aún clavada. La sacó y la volvió a clavar, sajando la carne. Un tentáculo voló hacia el elfo, y Caelf lo cercenó de un tajo antes de que llegara a su objetivo. Cayó a los pies del elfo como una serpiente muerta. La sangré que mano no era líquida, sino terrosa. De un color tan negro como el más oscuro infierno.

«TAK», aulló de dolor.

Los dientes del cuerpo chasquearon. Atraparon la pierna de Aldren como un cepo, y la sangre cálida resbaló de entre los colmillos al desgarrar la carne. El muchacho gritó de dolor, pero no perdió el empeño. Levantó el puñal y lo incrustó en la mandíbula.

Los tentáculos eran demasiado largos para los molestos humanos, y trataron de atrapar al elfo. Jard se alejó cuando vio la nube negra que caía sobre él, saliendo de su alcance.

Caelf volvió a clavar su espada. Busco el centro de aquel monstruo y allí enterró la hoja. Sintió como se agitaban su cuerpo, y removió la empuñadura para desgarrarlo por dentro.

«TAK», susurró con debilidad.

—¡Ese es tu nombre! ¡¿Verdad, hijo de puta?! ¡¿Ese es tu puto nombre?! —rugió Caelf.

Sin sacar la hoja, ni soltar la empuñadura, saltó para alejarse del ser. La espada abrió en canal al monstruo. Sus entrañas se desperdigaron sobre la tierra. Tripas vivientes de un enjambre de insectos que huyeron del combate nada más tocar el suelo.

El monstruo se desplomó. Todo su cuerpo se disolvió con el enjambre. Las arañas huían arrastrándose. Moscas y mosquitos volaron en todas direcciones. Los gusanos se enterraban en el suelo.

—¡Di de nuevo tu puto nombre! —bramó Caelf —¡Diez veces te reto! ¡Dime tu nombre! ¡Déjame que lo desgarre!

Lloraba por la rabia. Golpeaba con la espada los insectos que formaron el cadáver del monstruo. A los pocos segundos ya no quedaba ninguno,

huidos o aplastados por la ira del joven.

Para cuando cayó de rodillas, ya no quedaba nada.

Ni siquiera la sangre del monstruo quiso quedarse allí.

Ni las enseñanzas de Yalen.

Ni la música de Illia.

Ni la pedantería de Monc.

Solo él, con más victorias amargas, y tres cuerpos de seres queridos a los que dar sepultura.

Capítulo 12

12.- El muñón.

Agruparon los cadáveres, pues era más sencillo el fuego que cavar con las manos. Tampoco quedaba demasiado de Monc como para ameritar el esfuerzo.

Jard se mantuvo en silencio mientras arrastraban los trozos de los que cayeron. Guardó unos minutos para sí mismo, cuando tuvo que arrastrar el cadáver de Illia.

Caelf trajo más leña para crear una nueva hoguera.

Aldren apenas podía andar tras la mordida del monstruo. Trató de hacer fuego con un yesquero viejo que extrajeron del cuerpo de Yalen.

Monc se encargaba de encender el fuego con su magia. Y no sería lo último que echarían de menos de él.

—¿Y Gina? —preguntó Caelf.

Aldren negó con la cabeza.

—Espero que bien. La vi huir cuando todo esto empezó. Creo que…, no aguantó más.

Caelf admiró impávido el inicio de la llama producida por el yesquero.

—No volverá.

—No. No lo hará. Lo vi en su rostro —aseveró Aldren con tristeza —. Estaba completamente ida.

Miraron a Jard admirando el cuerpo de Illia. El cadáver estaba destrozado. Literalmente reventado de dentro hacia afuera.

—Debería ayudar —dijo Caelf —. Él no debería verla así.

Aldren agachó la mirada.

—Ninguno deberíamos haber visto nada de lo que hemos visto.

«Pero lo hemos visto. Y Jard está arrastrando el cadáver reventado de su amada», pensó Caelf aciago.

Pero no se movió. No supo si era mejor la ayuda que la intimidad, pues ni siquiera sabía cómo afrontar sus propios pensamientos.

—¿Crees que se repondrá? —preguntó Aldren.

—No. Ninguno lo haremos.

Agruparon los cadáveres. Unos encima de otros. Por encima colocaron las ramas, y agregaron la hojarasca ardiendo.

El fuego tardó en extenderse. Lo hizo con un humo negro. Olía a carne quemada.

Los tres se sentaron a admirar como el humo se llevaba los recuerdos.

Cuando el fuego ya cubría por completo la pira, Aldren comenzó a llorar. Al principio en silencio. Poco a poco, sus gemidos resonaron junto al crepitar de las ramas secas.

Caelf también derramó lágrimas. Lo hizo mientras admiraba impávido el fuego. Sin hacer ruido. De pura rabia.

—¿Por qué cojones lloras, Aldren?

La pregunta cogió a los dos humanos de improviso. La furia surcaba el rostro del elfo.

—¿Acaso está ahí la persona a la que amabas? ¿Lo está el hijo tuyo que nunca nació?

Caelf gruñó.

—Cállate, Jard. Todos tenemos cosas que lamentar a día de hoy.

Jard devolvió el gruñido.

—¿Y que lamenta tu amigo? ¿A los muertos? ¿O tal vez que no supo mantener sus dedos quietos para hurgar en los bolsillos ajenos?
¡Tu mismo le dijiste que no era buena idea!

Aldren redobló su llanto.

Caelf se encaró a Jard.

—¿No hemos tenido ya suficiente? Yalen creía que eso fue un ardid de un gremio del norte para deshacerse del diamante. Ahí es donde deberías

buscar culpables.

—¡Los culpables a menudo son los más cercanos! ¡Aquellos que no saben estarse quietos y luego lloran cuando solo resta el desastre!

Aldren asintió.

—Tiene razón.

—¡¿Qué coño va a tener razón?! ¡Jard, sabes perfectamente que nadie podía prever esto!

—¡Puede que no esto! ¡¿Pero tan descabellado habría sido que la guardia nos hubiera asaltado en plena noche para llevarse nuestras cabezas por robar a quien no se debe?! ¡¿Y los miembros de ese gremio de haber querido recuperar su maldita gema?! ¡Esto iba a pasar tarde o temprano! ¡Es lo que ocurre cuando eres un maldito idiota y no piensas antes de actuar!

Caelf no daba crédito.

—¡Es a lo que nos dedicamos, idiota! ¡Gina, Yalen, Monc, Illia, incluso tú! ¡Si lo que querías era pastorear ovejas nunca debiste unirte al Puño!

Jard soltó una carcajada cínica.

—¡¿Qué puño?! Ya no quedan dedos. El muñón querrás decir, ¿no? Solo porque este idiota no supo quedarse quieto.

Jard dio un paso hacia Aldren. Caelf se interpuso.

—No eres tú, Jard. Estás enfadado, pero esta no…

—¿Acaso se me ha escapado un “Tak”? —interrumpió con voz fría —. Yo soy yo. Y tu amigo era como era antes de ese asqueroso demonio.

Dio otro paso. Aldren no retrocedió. Perdió su mirada en el fuego, como si aquello no fuera con él. Caelf colocó el brazo en el pecho de Jard para evitarlo avanzar.

—Por favor —suplicó con la voz quebrada —. Basta ya.

Jard miró el brazo de Caelf. Luego a Aldren. Murmuró unas palabras y sus ojos se iluminaron. Descargó el conjuro contra Caelf a la velocidad de la furia. La electricidad contrajo los músculos del joven y ni siquiera pudo aullar de dolor.

Cayó al suelo.

Perdió la consciencia.

Capítulo 13

13.-Las únicas manzanas sanas del cesto.

Plop, Plop, Plop.

Era un cloqueo hueco. Abatieron la oscuridad con la molestia de quien interrumpe el merecido descanso.

«Todavía no. Tengo sueño», pensó mientras volvía a sumergirse de nuevo en aquella dulce penumbra de su inconsciencia.

Tan solo calma. Sin preocupaciones. Como debería ser el mundo. Girando y girando —Plop, Plop, Plop — sobre sí mismo en el vacío. Una danza que no entendía ni de tristeza, ni de ira, ni de llantos.

En ella podía recordar como Gina sonreía descardada cuando gestaba una broma. Illia acunaba a su retoño de orejas picudas. Yalen sonreía.

El puño seguiría siendo el puño mientras la oscuridad danzara.

Plop, Plop, Plop.

Alguien llama a la puerta. Nudillos contra la madera. Alguien llama y no ha sido invitado.

«Déjame en paz. Me merezco dormir un rato»

Aldren habla sobre los mejores vinos que ha probado jamás. Monc cuenta historias de la academia. Jard agita un cráneo contra el suelo. La pierna tiembla. Alguien grita.

Plop, Plop, Plop.

No tuvo que abrir los ojos, pues los tuvo abiertos en todo momento. Incluso en el delirio fue consciente de que Aldren ni siquiera trató de defenderse cuando Jard se le tiró encima. No trató de zafarse cuando le agarró la cabeza. No se quejó cuando golpeo el cráneo contra la tierra. Ni tan siquiera cuando repitió el proceso.

—Para.

Ni Caelf se escuchó así mismo. Jard sentado a horcajadas sobre su amigo arremetía una y otra vez. Aldren no gritaba. Jard si lo hacía. Rugía como un animal herido. Alguien que se había perdido a sí mismo.

—Para por favor.

Las únicas manzanas sanas del cesto.

Las únicas almas puras, incorruptas, de El Puño.

Las menos podridas.

Las que menos gustaban a los gusanos.

Una de ellas golpeaba repetidas veces el cráneo de un amigo contra el suelo.

Plop, Plop, Plop.

La otra, ni siquiera podía oírse así misma.

—He dicho que pares.

Sin voz ni voto. Como el niño que siempre fue. El que se mantuvo hermanado a otro, cuya sangre ahora la tierra.

Caelf se levantó. Desenvaino la espada.

—Para.

Ahora si se oyó, más seguía sin voto. Jard aun golpeaba el cráneo de Aldren, esparciendo su interior, regando la hierba que mañana crecería marchita.

Dio dos pasos. Vio la pierna de Aldren temblando entre espasmos bajo el cuerpo del elfo.

—¡Que pares!

Y se hizo escuchar. Ensartó a Jard con la espada. Por la espalda. Como hacen siempre, en los cuentos de los bardos, los traidores.

El elfo gimió. Admiró el metal que surcaba su pecho. Debió notarlo frío, pues tiritó. Luego resopló y exhaló su propia sangre, y ya no respiró nunca más.

Caelf cayó de rodillas. Jard sobre su costado. La pierna de Aldren seguía temblando. Su cabeza descansaba sobre un charco espeso de sangre.

No había dolor, ira o tristeza en su rostro. Tan solo paz.

Caelf rio. Lo hizo a gritos, y su voz se perdió en la noche. Cada carcajada eran cuchillas de afeitar lacerando su garganta.

No podía evitarlo. Ni siquiera le sorprendía.

Tak no quería envenenar las manzanas más podridas del cesto. ¿Para qué?

«Somos como somos», había dicho Jard.

Tak no quería almas corruptas amamantadas de su sugestión.

En el delirio de su propio dolor, amamantado por las carcajadas histéricas de su cordura ajada, adquirió luz en su comprensión, y lo entendió.

—No quería… —tartamudeaba por la risa — No quería corromperos a vosotros, sino a nosotros ¡Las manzanas sanas!

El mal no es mal tirando de los hilos. ¿Quién se mancha las manos, el títere o el titiritero?

La sugestión solo servía para acrecentar el odio. La penuria. Las miserias.

A fin de cuentas, eran los sanos quienes debían sufrir entre los locos, para anhelar la enfermedad.

¿Qué mérito tiene el mal de corromper el bien si elimina el libre albedrío?

Jard no estaba sugestionado cuando mató a Aldren.

Caelf tampoco cuando mató a Jard.

Venganza. Bajezas. Miseria. Y al final hombres buenos se ensuciaban sus manos por su propia voluntad.

Tak, estuviera vivo o muerto, había vencido.

Caelf rio hasta que se le saltaron las lágrimas. Rodó sobre la sangre de sus amigos. Le dolía la mandíbula. Lloró de tristeza con cada carcajada, y así siguió hasta perder el sentido.

* * *

A la mañana siguiente, Caelf esparció las cenizas sobre la tierra. La de Monc, las de Yalen, las de Illia, las de Jard y las de Aldren.

No hubo sepultura, pero si dispuso de siete lápidas. Una por cada uno de los integrantes del Puño, e incluyendo la suya.

No grabó nombres. No lo vio necesario. Los ladrones y los forajidos no necesitaban de la fama, y era en el silencio donde se acomodaban mejor sus nombres.

Con las ascuas restantes quemó las carretas y las tiendas de campaña. Dejó tan solo la de Gina, por si alguna vez aparecía. No lo hizo esa noche, y tampoco lo hizo al día siguiente. Se preguntó si alguna vez volvería a verla…

No. Esas eran preguntas que se haría Caelf. Un hombre muerto y mancillado por sus propias miserias. Ahora él debía ser otra cosa.

Solo se llevó la espada de Yalen y los bueyes. En el siguiente poblado tal vez le dieran algo de dinero por el ganado. El viaje al norte sería largo, y le haría falta el oro.

Quien sabe, tal vez se permitiera el lujo de pedir una copa de vino en la taberna cercana. Caelf odiaba el vino, pero a Aldren le encantaba. Sería su forma de honrarle. Tal vez, algún día, aprendiera a apreciarlo.

Hasta el momento lo movería la determinación. En el norte alguien había jugado con fuego. Un poder oscuro que cayó en manos inoportunas en forma de diamante.

Alguien iba a pagarlo. Era lo justo.

Si quería hacerlo bien, no podría ser Caelf. No podía hacerlo desde la rabia de quien ha probado la sangre.

No. Lo haría como Tak.

Sí. Eso le gustó.

Sería Tak. Así se presentaría a los nuevos conocidos. Ese sería el nombre que diría cuando estrechara una mano.

Y cuando caigan los corruptos, ¿de quien será el nombre? Tak lo hizo.

Y cuando los malvados pierdan la palabra, ¿de quién será la culpa? Tak se interpuso.

Si aquel demonio había mancillado el nombre
de Caelf, Caelf mancillaría el del demonio.

Usaría para ello el humor de Aldren, el descaro de Gina, la amabilidad de Monc, el arte de Illia, la inteligencia de Jard, y la bravuconería de Yalen.

Las siete personalidades harían una, y serían la mejor de las corazas. La más afilada espada residía en lo que pudiera recordar de ellos. Falsificaría una vida entera de ser preciso.

Si el mal podía corromper el bien, el bien debería poder agrietar el mal.

Era lo justo, y así lo vio.

Sería un nombre conocido entre ladrones en subterfugio.

«Tak», y si el demonio tenía alguna objeción, que acudiera a su encuentro.

A él también le gustaba la ironía.